

Ricardo
14/11/48

RICARDO BOIZARD / VOCES DE LA POLITICA,
EL PULPITO Y LA CALLE

Es *propiedad. Derechos reservados para*
todos los países. Inscripción N.º 7016
Copyright by EDITORIAL DEL PACÍFICO S. A.
Ahumada 57, Casilla 3126, SANTIAGO
DE CHILE.—1948.

IMPRESO Y HECHO EN CHILE
PRINTED AND MADE IN CHILE
IMPRESA UNIVERSITARIA

RICARDO BOIZARD

nelly y León

**VOCES DE
LA POLITICA
EL PULPITO
Y LA CALLE**



EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.
SANTIAGO DE CHILE

A MANERA DE DESAGRAVIO

En este país de largo régimen parlamentario y de tradición legalista singularmente respetada, naturalmente han brotado los oradores como el órgano propio de una gran función. Somos el país de los escritos y de las palabras; de los leguleyos y de los charlatanes.

Aquí nada funciona, ni es serio, ni sólido, ni definitivo, si no se afirma en un timbre, en un documento y en una palabra. Lo decimos esto, no para condolernos, sino para señalar un hecho objetivo y, además, para dejar establecido que aquel que quisiese poner un dique razonable a nuestros torrentes de palabrería, se encontraría con que cada chileno aspira a ser orador en las infinitas especies del conferenciante, del charlador, del asambleísta barato o del simplemente tallero.

No se puede, pues, escribir un solo libro sobre todos los oradores de nuestro país: los que lo fueron en verdad y ya pasaron; los que lo son y gozan de popularidad; los que, por último, pululan en las asambleas de pueblo, se destacan en sus respectivas cantinas o acometen, en un banquete regado, contra todas las vulgaridades de la patria, de la nave del Estado o del pabellón nacional.

Eso sería una cosa de no acabar jamás.

Para poder escribir, pues, un modesto libro de oradores que, a trueque de tratar la materia en alguna forma, me obligara a caer en lo incompleto y hasta quizás en lo in-

justo, tenía yo que someterme a un método arbitrario de eliminación.

Hay por delante todos los oradores de Chile. Preferiré a los buenos oradores.

Hay los oradores muertos y los vivos. Debo preferir a los vivos, porque de los muertos con fama nada podría agregar a lo ya dicho y de los muertos sin ella, ¿cómo podría levantar de la sombra lo que no he conocido ni por su fama ni por su voz?

Moviéndome, pues, en un círculo más y más estrecho, me quedan los vivos, y no todos, porque en beneficio de la realidad y aún de la brevedad, me limitaré a los que he escuchado, quedando fuera del libro otros que quizás son oradores, muchos otros que acaso aventajan a los de aquí, pero que la mala suerte o la buena suerte me ha impedido conocer.

Hay más aún en mi implacable método eliminatorio. De los oradores que he escuchado, no aparecen todos aquí. Sólo están aquellos que he creído que se singularizan al hablar. Sólo están los que, a mi juicio, tienen una personalidad especial como oradores.

Yo sé que va a resaltar en nuestro libro un hecho patente y claro. Se verá que faltan muchos oradores de cliché, oradores consagrados, oradores con adjetivo sistemático en la alquimia periodística. Y, en cambio, hablaré de algunos otros que apenas son conocidos por su elocuencia, que sólo viven en el círculo estrecho o que todavía no llegan a la elevada escena. (1).

Lo hago así porque creo que nuestro mal gusto, o más bien dicho, nuestra inercia en el arte de la elocuencia, nos ha llevado hasta aquí a considerar sólo oradores a aquéllos que repiten las frases gastadas y cuya emoción no es sino

(1) Algunos han llegado ya como Cruz Coke y Tomic.

el eco de ya decrepitas glorias de museo. Más interesante que el hablar del eco de una voz, sería tocar la voz misma, y si se trata de un texto sobre aquellos oradores fosilizados, más valdría leer a Cicerón, a Bourdaloue, a Vergniaud o a Castelar.

Como en todo arte puro, lo que vale aquí es el tipo nuevo, el tipo solo, dentro de lo relativo de esta posibilidad. No diremos que todos los oradores aquí tratados son nuevos en su estilo, ni exclusivos en su forma. Escapan por allí algunos que padecen de vulgaridad; pero el hecho de que exista en ellos algo distinto, el hecho de que se singularicen en algo, en una expresión mínima, en un odio determinado, en determinado método y, sobre todo, el hecho de que logren ser "ellos", y sólo "ellos" en la abigarrada asamblea, el hecho de que salven su personalidad y pueda reconocérseles en el conjunto, me ha bastado para destacarles y hacer de cada uno un individuo lo más claro y limitado posible.

Entendámonos, pues. Si bien es cierto que yo creo que todos los que aquí están, son oradores, hay muchos que pueden serlo y no están. No están los muertos, no están los vivos que no he escuchado, no están aquellos cuyo tipo es la repetición de otro mayor y cuya elocuencia está ya comprendida en las viejas formas de sus maestros.

Por último, no están, ni pueden estarlo, ni estarán jamás aquellos charlatanes de nuestra política que viven incrustados en la roca parlamentaria y que no debieran jamás hablar; no están los que piden la palabra para echar sobre una idea ya dicha la baba de su verborrea; no están los aplaudidos en los mítines politiqueros y los naufragos de la elocuencia, que sin saber nadar en las aguas de la expresión, se toman de una gran frase, de una gran idea o de una gran majadería para redondear un período tras del cual se sabe, por los siglos y los siglos, que las muchedumbres aplauden.

Nelly Josefina León

CASI todos los grandes oradores han logrado cristalizar su elocuencia en una frase. Esa frase queda, se repite, se perpetúa y a veces hasta sobrevive al nombre y a la fama del orador. Así, Cicerón está todo en su apóstrofe a Catilina en que le acusa el haber venido al Senado a contar el número de sus víctimas. Nadie que piensa en Julio César, deja de recordar aquello de que la suerte está echada. Mirabeau es menos célebre que su exclamación de la Asamblea Nacional: "Estamos aquí por la voluntad del pueblo y sólo nos arrojará la fuerza de las bayonetas".

Alessandri, con haber extraído de su oratoria los más grandes y alucinantes efectos, con haber movido las masas como pocos en nuestro país, no ha conseguido esa gloria de los oradores famosos, que es eternizarse en una frase.

La mayor parte de sus discursos son frases largas, desposeídas de originalidad, sin pensamiento trascendente y sólo válidas en la fugacidad de un día. Pudiéramos decir que Alessandri es el periodista de la elocuencia. Sus discursos brillan, pasan, mueren.

Pudiera alguien pensar que no estamos en lo justo cuando le negamos a este gran orador político chileno la virtud de una frase. Cualquiera recuerda, por ejemplo, aquello del pese a quien pese y lo otro del amor fecundo.

¿No ha logrado esto conmover a las masas? ¿No son es-

tas dos frases una huella digna del orador? Lo primero, sí. Lo segundo, no.

El pese a quien pese no es otra cosa que una vulgaridad.

Y lo del amor fecundo es una vaga pedantería de Castelar. (1).

* * *

En cierta ocasión en que un joven diputado increpaba violentamente a Sarmiento y le decía que la vida de un político ha de ser tan cristalina como una gota de agua, el viejo caudillo refutaba con elocuencia que una vida fecunda, que se despeña desde las alturas y que arrastra todo el légamo del camino, necesariamente aparece fragorosa y turbia.

Lo que Sarmiento decía de su vida, podría decir Alessandri de su elocuencia.

Esta elocuencia de nuestro primer caudillo viene despeñándose en un viejo lecho. Son cuarenta años de discursos parlamentarios, de interpelaciones ministeriales, de asambleas rústicas y de inauguraciones de puentes. Hay en ella el residuo de la cáscara, de la decadencia, de la flojedad en que cayera el Congreso cuando habían ya desaparecido Barriga, Isidoro Errázuriz, Mac-Iver y otros más. Le tocó vivir en esos días opacos que van desde don Federico Errázuriz hasta don Ramón Barros Luco: ni un entusiasmo, ni un

(1) Cuando se publicó este libro, el señor Alessandri protestó ante el autor, en una carta publicada en la Revista Vea, por la afirmación aquí estampada. Decía en esa carta que jamás había leído tal frase en las obras de Castelar y reivindicaba de nuevo para sí la discutida propiedad literaria.

Nosotros podemos decir que en la Historia de Europa de Castelar, página 858, aparece la siguiente frase: "... y los girondinos murieron más pronto, y el terror terminó más tarde por el yerro que Carlota cometiera creyendo matar la tiranía con matar al tirano. *El odio nada engendra, solo el amor es fecundo.* Compadezcamos a Carlota".

brillo, ni una débil pincelada de novedad. El salitre brotando de las pampas y alivianando el bolsillo del contribuyente. Un buen vivir y una bella imprevisión.

Después, el año 20. Ha dicho una vez Alessandri que su "evangelio de justicia" del año 20 no era otra cosa que una resultante fatal de la revolución soviética. La gente andaba con ese Mundo Niño de que habla Rolland. Días de odio, de desolación y de esperanza.

En la cara redonda de don Juan Luis Sanfuentes, ha de haberse dibujado sin duda una sonrisa socarrona y peculiar. ¡Evangelio de justicia para el pobre roto chileno!

Y el evangelio llegó. Naturalmente, ese grito, ese despertar de rebeldías, ese abrir de horizontes entre nosotros, necesitaba de una voz que tuviera, al mismo tiempo que la comprensión de lo grande, una vigorosa ductilidad ante lo grotesco. He aquí la virtud de Alessandri.

"Señores — expresó al empezar su campaña —: Yo no diré como los otros candidatos: no soy una amenaza para nadie. Soy una amenaza para los espíritus reaccionarios, soy una amenaza para los enemigos de la justicia social..."

Todo esto, en que se necesitó mover los pensamientos simples de la multitud; en que fué preciso mezclar las palabras a los hechos, la chillona elocuencia con el milagroso estuco; en que el orador arrojaba a la multitud, desde la figura literaria hasta la chaqueta, naturalmente corrompió su oratoria, cegó su fuente de renovación e hizo del hombre un inagotable confeccionador de clisés.

* * *

Se decía de don Paulino Alfonso que era orador para las masas, para las mesas, para las misas, para las mozas y para las musas.

Alessandri, por encima de todo, aún por encima de su po-

lítica de alta escuela y de su extraña sensibilidad, tiene menos extensión que don Paulino, pero mil veces más intensidad y eficacia en su ramo cultivado: es el orador de las masas.

Frente a las masas, se transfigura. Nada de halagos. Ninguna suavidad romántica. Ningún gesto inútil. Serenamente, con tranquila posesión de su papel y con muy pocas inflexiones de voz, entra al tema que le interesa.

Ostenta desde luego una magnífica claridad. Busca el nivel de los que le escuchan y ejercita la mejor de las capacidades del orador, que es la de captar el ambiente. Oradores como Alessandri no pueden ni deben escribir sus discursos, porque su fuerza es la espontaneidad y su gran secreto el decir, no lo que quiso expresar el orador, sino lo que quiere escuchar el auditorio.

Varias veces nos hemos preocupado de mirar en torno nuestro mientras Alessandri habla. Nadie tiene el rostro descompuesto por la terrible emoción. Nadie se aburre. Todos le miran a la cara con extraña complacencia. Ni grandes emociones ni flojedad. Está diciendo lo justo, lo que se quería escuchar y está explicando en la forma precisa en que se quería entender.

Sería monótona, sin embargo, su oratoria, si de vez en cuando el orador no removiera el ambiente con algún recurso propio. Alessandri lo sabe y de improviso lo vemos caminar hacia el objetivo. Evoca un cuento, una anécdota, un recuerdo cualquiera y el efecto llega como por encanto.

Se acallan los aplausos y nadie se preocupará ya de consultar un diccionario para investigar la precisión de las palabras ni un texto de historia para asegurarse de la exactitud de los hechos. Nadie. Se ha entendido bien lo que Alessandri quiso decir y el broche con que coronó su período no tiene más importancia que la de una puerta al final de un pasadizo.

Alessandri, leído, es algo peor que escuchado, y escuchado es aún peor que el personaje creado por la fama oratoria de que goza.

Y es que la fama de los oradores de masa no la hacen los académicos ni los entendidos. La fabrica la masa.

La masa no necesita esas síntesis geniales de los oradores franceses, esa unidad pasmosa que, como una catedral, tiene el resumen del credo en su arquitectura. La masa no requiere tampoco la delgada sutileza, ese retorcerse en los caminos estrechos de la imaginación y del pensamiento. No. Le basta escuchar, entender y emocionarse.

* * *

Hay una técnica, sin embargo, en la oratoria de Alessandri, que no puede escapar al buen observador. Es también una técnica correspondiente al género de su oratoria.

En cada uno de sus discursos, más que la altura del pensamiento, más aun que la claridad, que en todo caso es magnífica, más que la emoción o que la gracia, predomina la fuerza.

Jamás recurre a los circunloquios, a las medias frases, a las insinuaciones tímidas. Todo lo dice en forma perentoria y definitiva.

Si hace una afirmación, no dejará ninguna duda de que es verdad. Si ataca, lo hará con directa objetividad. Si formula una crítica, todo lo despedazará de un golpe. Si plantea una promesa, dará la sensación de que cumplirá su promesa aunque se derrumbe el mundo.

El pese a quien pese, es el reflejo más preciso de la oratoria de Alessandri. No pudo decir: esto ocurrirá si las circunstancias lo permiten. No pudo decir: haré lo posible por que esto ocurra. Dice: esto sucederá pese a quien pese.

Quando ha renunciado a candidaturas que al fin llegaron

naturalmente a su mano, nunca formuló rechazos condicionales ni sometidos a determinadas circunstancias. Nunca previó siquiera la posibilidad de aceptar más adelante. Siempre dijo: no quiero, no puedo ni debo.

Mucha gente que carece de espíritu de observación y que todo lo toma al pie de la letra y lo juzga sin ductilidad, ha creído ver en Alessandri un impostor ante tan terminantes declaraciones. Y no hay tal. Esto forma parte de su oratoria, es un recurso necesario en los oradores de masas.

Y así como dijimos que Alessandri, gobernante ante todo, necesitó ser vulgar para sus influencias políticas, así también en este caso, Alessandri orador, necesita no decir toda la verdad para sus recursos oratorios.

Y, sin embargo, no es ni vulgar ni mentiroso.

Es político, por un lado, y orador, por el otro.

RAUL AMPUERO

LOS viejos partidos, que consumen sus energías en la lucha por el poder y en la conquista de prebendas para sus afiliados, no presentan a la juventud un ancho campo para cultivar la elocuencia. Se ganan las elecciones con alianzas y con dinero, se inician campañas con el dócil apoyo de la prensa bien pagada, se organizan asambleas a base de burócratas o de inquilinos de fondos. ¿Qué tiene que ver allí la atracción espiritual de la palabra, la cultura del orador, su profundidad, su buen gusto, su manera de decir? Si además de las empanadas y de la cerveza, si además de los intereses creados que atraen electores, hay un orador que habla bien, mejor que mejor. Pero ello no tiene importancia fundamental.

Es ésta seguramente la razón de que durante unos quince o veinte años de la vida política nacional no se haya renovado el elenco de los oradores tradicionales de los viejos partidos y solo surja uno que otro en las pequeñas tiendas que pugnan por surgir o en las que fueron grandes como el socialismo, pero de corta vida.

Allí el orador es esencial y de importancia principalísima. Es necesario hacer jiras en busca del electorado y hay que llamarlo con la trompeta de la elocuencia. Generalmente la representación parlamentaria es reducida y hay que ocupar el pequeño espacio disponible de los debates con personalidades atrayentes. Si se obtiene un Ministerio, el re-

presentante del pequeño partido no sólo debe hacer cosas, sino pregonarlas; si vuelve a la oposición, cuando éste se forma por unos pocos, hay que reemplazar el número por la calidad y son los oradores los únicos que, aunque perdiéndose las votaciones, dan sonoridad a los ataques.

Los comunistas, pertenecientes a un partido de efímera vida legal; los socialistas, representantes de una idea relativamente nueva en el país; los falangistas, poseedores de un neo-cristianismo social que pugna por abrirse paso; todas las pequeñas moléculas de partidos, en fin, que surgieron para morir después, todas han tenido oradores y los oradores nuevos han salido casi exclusivamente de allí.

Raúl Ampuero, por ejemplo, es socialista. Su generación ha sido golpeada fuertemente por el peor de los azotes, el de la desorientación universal. Tenía veinte años quizás cuando comenzó la guerra, esta guerra que al través de su desarrollo presentó los más inesperados matices. En ella los jóvenes vieron batirse por la libertad a ciertos pueblos alimentados en el imperialismo y defender los impulsos cavernarios de la humanidad a los mismos países en cuyo seno nacieron las más altas mentalidades del progreso. La patria de Disraeli levantaba la bandera de Robespierre y en la tierra de Goethe y de Liebnecht se colaba, como un viento del Asia, el olvidado racismo. Los hijos de la Revolución de Lenin se daban la mano con los caporales del Kaiser y los adustos lores compartían la lucha proletaria contra el pensamiento fascista. Todavía sonaban sin embargo en los oídos las admoniciones incendiarias del Soviet contra Roosevelt y Churchill cuando se celebraba en Yalta una entrevista de los dos personajes de la guerra de Occidente y el caucásico Stalin. Los llamados imperialistas pasaban a ser defensores de la democracia; los llamados bárbaros soviéticos, los del ancho país kaput, se convertían en los héroes de Stalingrado. Los armamentistas de la industria

norteamericana eran ahora los gallardos constructores de máquinas y el mundo proletario, hasta ayer temible por su pacifismo, consideraba la guerra una cruzada y veía en ella una esperanza de rendición.

Habían cambiado totalmente los papeles y la juventud de Ampuero tenía unos veinte años ágiles para luchar, pero demasiado lentos para comprender aquello.

Un día se acabó la guerra. Entraron por un camino a Berlín las tropas del Soviet; entraron por otro las de Jorge VI y por otro más, las de Roosevelt moribundo. Aquello era Berlín en manos de la revolución, de la democracia burguesa y de la monarquía. Era una ciudad en las brasas de la historia. Naturalmente, se miraron los siglos al través de los ejércitos y comenzó una pelea milenaria y espectacular. Volvieron a cambiar las cosas y los que hasta ayer ensalzaban las grandezas del Gobierno ruso, los que se pasearon como Wilkie deslumbrados por la industrialización soviética, los que tendían sus manos al través de la incompreensión y del océano para construir un mundo mejor, mudaron su acento. Rusia ya no era un experimento gigantesco de planificada economía, sino un campo de concentración. Borrábanse los campesinos de Ucrania, los proletarios de Leningrado, los mineros del Cáucaso, los pescadores del Mar Muerto; quedaban solo perfilándose en Siberia los presos políticos y las víctimas de Stalin. Al otro lado, más allá del letrero de "Proletarios, uníos" se cerraba a la vez la puerta de la cooperación, se injuriaba a Churchill, se denostaba a Truman y se preparaba una máquina infernal contra la democracia burguesa.

De nuevo cambiaban los papeles y la juventud de Ampuero empezaba a surcar el más oscuro, el más incierto, el más tenebroso de los caminos. Haber perdido la dirección, haber cerrado los ojos a la idea, conectar entendimientos inconfesables y venderse al mejor postor hubiera

sido la consecuencia natural de su destino. Muchos lo hicieron y quedaron perdidos en el insondable abismo sin que ni siquiera pueda culpárseles.

Ampuero no se perdió. Le valió quizás una frialdad temperamental, que es muy difícil encontrar a su edad y quizás si le valió su modo sereno, profundo, claro y valiente de razonar.

Pudo entrever que en la lucha circunstancial había cosas esenciales que defender y que no podían perderse. Vió la libertad empañada por unos y amenazada por otros; vió la justicia pregonada en apariencia, pero sacrificada al fin; vió, sobre todo, al pueblo sufriente, ese mundo sin civilización y sin edad que está esperando caminar y que, como el niño del juicio salomónico, va a ser partido para dirimir la disputa.

Helo aquí. Está parado sin teatralidad en una asamblea de jóvenes. Su cara morena y amarilla, cara de rasgos agudos que recuerdan los primeros retratos del joven Napoleón, cara pálida y enflaquecida, se presenta sin agriedad ante la muchedumbre. Mira de frente con una mirada tranquila, diríamos que fría si no presintiéramos su fuego interior. Afirma sus manos en la mesa como para sostenerse mejor y cuando menos se esperaba, comienza a hablar.

Desde luego, sorprende la fluidez de sus palabras. Ellas salen sin esfuerzo alguno; vienen moldeadas de antemano; responden con precisión a lo que se quiere decir.

Se dirige a la juventud, pero lo hace con extraña madurez. Da la impresión de que durante muchos años estuvo callado pensando, mirando, comparando, preparándose para actuar. Da la impresión también de que una sólida cultura ilumina sus pasos.

El brillante comienzo de su carrera coincide con el de su oratoria. Sabemos que en reuniones secretas de su Partido, teniendo frente a él a las grandes figuras del socia-

lismo, disputando con Schnake y Bernardo Ibáñez, con Aliende y Rossetti, ha salido airoso después de varias horas en que su persuasión estuvo ganando a la asamblea palmo a palmo, minuto a minuto.

Con sencillez, con serenidad, con paciencia, con inesperado brillo, sabe llegar. Y estamos seguros que un día figurará entre los grandes oradores chilenos contemporáneos.

BARRENECHEA

DIRÍASE que un poeta en la elocuencia ha de ser necesariamente divagador, aficionado a los efectos dramáticos, cubriendo el fondo y como aceitando la idea con los recursos de la imaginación. Diríase que gusta de la blandura sentimental y que va a la Cámara, como el viejo Lamartine, a permutar fraseología por ramilletes de flores.

Nada de eso. En la Cámara, Barrenechea es el representante, no del Olimpo, sino del Partido Socialista, algo bastante distinto y distante del Olimpo. Está allí para hablar de cosas graves y precisas. Quieren ellos alimentar, vestir y domiciliar al pueblo. No se trata ya de las mariposas, sino de los pobres rotos, de los grandes fríos, de las tristes hambres.

Hay que hacer justicia. Este poeta se hizo orador en fuerza de sentir una cosa cósmica en el alma; se hizo orador cuando vió de lejos la dictadura y cuando logró tocar, con su sensibilidad, ese hilo sutil que va desde las melancolías interiores hasta las imperfecciones e injusticias de un régimen.

Caldeado su temperamento en la gran fragua del 26 de julio, fué la voz representativa de esa muchachada que una tarde se encerró en la Casa Universitaria para recuperar la libertad. Le vimos en la tribuna del Cementerio cuando enterraban a Pinto Riesco. Le oímos en la Universidad cuando estallaba la revuelta. Le encontramos en la Cámara,

ya no tan libre, tan bellamente libre como en los días luminosos de su juventud, sino encasillado en la brigada parlamentaria de un partido con uniforme.

Habla sin titubeo. Agregaríamos aún que habla sin pasión. Le salen las palabras con extraña fluidez. Marcha en su frase como en un riel de acero y a medida que avanza, aunque carece de inflexiones de voz y de movimientos teatrales, no resulta monótono ni desagradable.

Podríamos decir que la oratoria de Barrenechea se parece un poco a los últimos modelos de los automóviles. No existe allí el crepitar del motor. No se ve en el chofer ningún esfuerzo para manejar la máquina. Los amortiguadores arreglan el camino y se puede marchar sin casi sentirlo, a ciento veinte kilómetros por hora.

Cualquier tema que trate se hará claro, preciso, nítido y agradable al través de su voz. Apenas moverá el rostro. Las manos se levantarán levemente y sólo una gran boca irá silabeando las palabras y separándolas con espléndida dicción.

Usa con frecuencia la ironía y le resulta bien, cosa difícil y casi imposible en una Cámara en que la sutileza aparece como planta exótica.

Carece de fraseología barata, de usados lugares comunes y de ciertos recursos fáciles para recoger aplausos. No le hemos escuchado nunca un discurso que termine con los colores de la bandera o con las "horas difíciles por que atraviesa la República". Dentro de una gran sencillez irá confeccionándolo todo con sobriedad elegante. Tendrá de vez en cuando un giro moderno, una imagen nueva, una expresión purificada. Cada período da la impresión de una cosa acabada, corregida y casi exenta de los habituales rипios.

Gran pecado el suyo, sin embargo, es no liberarse de una majadería correligionaria, que es como el uniforme espiri-

tual que todavía viste su partido y que afea, diluye y a veces mata el efecto de la elocuencia. Recurre casi siempre al odio social, y es el odio, no la belleza de sus palabras, lo que premia la galería. Después de una bella imagen, después de una aguda ironía, después de una brillante peroración, ha de venir el broche demagógico a vulgarizarlo todo.

Nosotros decimos: ¿Para qué?

Está bien que un torvo asambleísta, en un gremio cualquiera, desencantado del efecto de sus argumentos, traiga por millonésima vez el sabido cuento de las explotaciones, para que al cabo de la vieja frase estalle el aplauso de rigor. Está bien que en un banquete de club, en que ya el vino se ha ido a la cabeza, un aburrido orador burgués haga flamear la bandera en sus palabras para mover el patriotismo, ya que no la admiración.

Pero esas son muletillas indispensables a los zafios y a los majaderos. Un orador, cuando es tal, como lo es el que tratamos, debe tener la elegancia de botar sus muletillas y lanzarse al aplauso de la multitud con cosa nueva, con algo que no sea la repetición de lo dicho, sino un abrir de horizontes a las formas. El verdadero orador no debe tocar la veta conocida. Ha de crear la veta y recogerlos él o dejar que otros recojan los aplausos.

Sobre todo, en lo que a Barrenechea concierne, resulta imperdonable que se deje llevar por la rutinaria costumbre. El sabe bien que un verdadero luchador de avanzada (cosa que ya los comunistas vislumbran) no saca nada con aportar a su causa más leña para la agitación, porque la agitación, ante el régimen, ante el capitalismo moribundo y ante la injusticia viva, es algo maduro ya. Y calentar lo maduro no es madurarlo más, sino podrirlo.

El autor de estas líneas ha comprobado en sí mismo el anterior aserto. Cuando llegó a la Cámara de 1932, venían representando a la Izquierda manadas de oradores extraí-

dos de las asambleas que nada sabían de soluciones y sí mucho de frases rimbombantes y vacías. Un hombre que lee, que conoce las intimidades y por mejor decir, los avatares del pensamiento moderno, se siente gélido ante semejante idiotez. Necesita ya el pueblo una cosa más segura, más constructiva, más orgánica que la simple demagogia. Y uno se inclina a repudiar a la Izquierda, no tanto por la idea que en ella avanza, como por sus ignorantes personeros.

Algo hay quizás de falta de lectura en la oratoria de Barrenechea. Digamos mejor; algo hay de eso en su inevitable jacobinismo. Generalmente, al través de sus discursos, uno advierte más intuición que conocimiento. El avanza por los problemas con la sola linterna de su talento y resulta que ya, después de cientos de siglos de pensar, cuando un hombre piensa sin compañía, por mucho que se vista de imaginación, queda desnudo.

Y es en este sentido en que quisiéramos que el gran orador que existe en Barrenechea comenzara por cumplir en sí mismo, en lo que a su espíritu se refiere, ese exigente programa de domiciliar, alimentar y vestir.

CONTRERAS Labarca, en su físico, da la sensación de una cosa geométrica y sólida. Su andar es el de un paralelepípedo sobre dos piernas. Mira de frente, sin curvas ni rodeos. Alarga el brazo en ángulo recto. Muestra los dientes al hablar y sus fuertes dientes hacen un gesto de masticación en cada palabra.

Si no se oyera la voz de Contreras en el momento en que habla, parecería que estuviera comiendo una cosa dura, un gran manjar apetitoso y huesudo.

Al decir de Pío Baroja es el de Carlos Marx el más aburrido de los libros, y esto explicaría el hábito de Contreras si no fuese que aquí, frente a este orador, estamos en presencia del más alto, del más profundo y del más hábil de los políticos marxistas.

Cuando llega a la Cámara con un discurso en preparación, se advierte de antemano, porque Contreras sube hasta su banco premunido de una gruesa carpeta. Se conoce que allí lleva mil veces más material que el que necesita y que su discurso no será sino una síntesis, un trasunto peregrino y fugaz de la gran carpeta.

Extraño caso el de este comunista sincero y parsimonioso. Carece de todas las condiciones necesarias para ser orador. No tiene agradable voz, ni imaginación liviana ni calor emotivo ni borbotoneo de frase. No tiene mímica ni gesto ni teatralidad. Sin embargo, es orador, y en un sentido tan hondo y definitivo, que jamás, hundido como está

en su carpeta, en sus papeles y en sus utopías, ha dejado de producir interés y de ser escuchado en el más leal y recogido de los silencios.

Sus temas tocan siempre los vértices lejanos de lo internacional. Atraviesa los mares, nombra países, denuncia planes y escarmena políticas. Van brotando de sus palabras las más hondas y trascendentales advertencias. Muestra la pústula de los países fascistas y del capitalismo norteamericano. Todo lo hace con citas, con párrafos, con comprobaciones directas. Y su esforzada pronunciación fustiga, masca, muerde.

Puede decir, sin embargo, las mayores enormidades en medio de una admirable y pacífica cortesía. Jamás abandona su sitio de elevación, y aunque destruye, uno por uno, todos los conceptos del capitalismo, parecería que no hay en el Congreso ninguno más obsequioso, más sonriente, y hasta pudiéramos decir, más tentador para el confiado burgués.

¡Qué manera la suya de presentar el comunismo! Es un régimen extraordinariamente perfecto, maravillosamente humanitario, cuidador como pocos de la vida humana, defensor del arte, de las ciencias y hasta del derecho de propiedad. Pocos sistemas como el suyo propician una mejor organización de la familia. Pocos como el suyo fomentan un patriotismo más ardiente. El comunismo es la libertad, la patria, la familia, la propiedad, el pequeño capital... y hasta el grande. ¿Quién ha dicho que los comunistas mataron a veinte millones de burgueses rusos en pocos años? ¿Quién ha dicho que la G. P. U. puede ser otra cosa que una especie de patronato de la infancia? ¿Quién puede decir que el ejército rojo se prepara para la guerra cuando en realidad es él una verdadera escuela de paz, de concordia y de solidaridad humana? (1)

(1) Escrito en 1938.

Si este hombre, de una inteligencia maravillosamente bien organizada, no fuera un gran orador, nadie le oiría con seriedad esa interminable cadena de contradicciones. Pero la prueba de que es orador es que se le oye y que, como a pocos, se le respeta.

Pecaríamos, sin embargo, de sectarios y de vulgares e incomprensivos, si no avanzáramos una pequeña consideración que es tentativa de sinceridad y que pretende sólo abrir remotos caminos a los futuros entendimientos. Entre los políticos de Izquierda, no cabe duda alguna de que los más decentes, honestos y fundamentales, son los comunistas. Siendo como son, sin embargo, a ser verdad las órdenes del Komintern, estos hombres honestos y decentes serían instrumentos de la más hipócrita y miserable de las políticas.

Uno se dice: ¿perdurará mucho esta política en manos de los comunistas chilenos o irá poco a poco transformándose y tomando la forma de su honestidad? La seriedad, madurez y buena fe occidental de Lafferte o de Contreras, ¿van a vivir permanentemente sometidas al designio grosero y mongólico de Stalin? Ha dicho Daniel de la Vega que siempre vencerá la garra sobre el ensueño. Nosotros pensamos: eso es justo cuando la garra está cerca y nos aprieta. Pero cuando la garra viene de Moscú, cuando atraviesa millares de klms., puede no suceder lo mismo. Y entonces llegaría a ser verdad lo que hoy Contreras Labarca preconiza como táctica, o sea: que el comunismo pierda su agresividad, su absolutismo, su arbitrariedad antihumana, y se convierta en una de las tantas fuerzas en que canalizarán mañana las aspiraciones sociales de los hombres.

Pero, cuidado...

¿No estaré dando yo, con mi optimismo, una prueba más de la oratoria maciza de Contreras?

TOMAS COX MENDEZ

CUANDO llegó a la política este hombre alto, fino, sutil y virtuoso, la gente no sabía casi nada de él. Sólo conocía a su hermano don Ricardo, el gran orador de los viejos tiempos conservadores, cuya voz, en silencio desde la Dictadura, no ha podido llegar, por eso, a la acuciosa objetividad de nuestras páginas.

Desde los campos de Cucha-Cucha, donde los viñedos retoñan o se hielan, pero casi siempre enriquecen, este lector infatigable esperaba, sin impaciencia, el momento preciso de actuar.

Un día se levantó su voz en el hemicycleo del Senado. Las largas piernas estiradas sobre la alfombra, el busto negligentemente echado atrás, las manos en actitud de afirmarse para no caer, cualquiera hubiera dicho que ese hombre estaba allí preparándose, más a dormir que a pronunciar un discurso.

"Señor Presidente", decía con la voz más baja que podía encontrar en el baúl sin fondo de su modestia; lo decía sacramentalmente y entraba a la cuestión, sin rodeos ni circunloquios. Generalmente se trataba de un tema de fondo, casi científico, que abordaba el orador con todas las luces de la cultura moderna, con ese arsenal que los años, el estudio y el talento almacenaron en él. Hacía observaciones psicológicas de innegable originalidad y de vez en cuando lucía británicamente su capacidad de ironista.

Porque digámoslo: Tomás Cox ha sido en el Senado uno de los que han sabido manejar la ironía con más destreza y, al mismo tiempo, con más caritativa prudencia. Es difícil fabricar una alusión mordaz; es difícil herir con el solo chasquido de las palabras. Pero ironizar sin herir, usar de la burla hasta cierto punto y dejando intacta la piel del adversario, eso resulta casi una prueba de malabarismo y es en esa prueba en lo que Tomás Cox se destacaba como el más eximio de los maestros.

Sólo una figura me parece justa para aplicarla a este orador, y es la de los tiradores al blanco que disparan sobre una naranja colocada en la cabeza de un hombre y no tocan un pelo suyo, sino que justamente atraviesan medio a medio la naranja.

De lo que se deduce que para ironizar como Tomás Cox hay que saber disparar, pero con buena puntería.

¡Cómo le preocupaban a este hombre sin afectación las cosas esenciales y cómo despreciaba, con gesto olímpico, lo que resulta pequeño, mezquino, accidental o personalista!

Espíritu de sutileza profunda, cada una de sus frases parecía hecha de flexibles hojas de acero. Entre cada línea, más aún, en cada palabra se deslizaba un propósito, una sugestión, una intención determinada.

Sabía usar del adjetivo preciso, y en forma extrañamente perfecta sabía adjetivar con un acento propio. Con la oratoria de Tomás Cox sucedía un fenómeno singular. Iba la frase avanzando rítmicamente y el denso concepto apretándose entre las palabras. Parecía ir a dar en una conclusión necesaria, en la vulgar, en la que todos piensan. Pero no. El orador simulaba comprenderlo y con suprema elegancia daba un rodeo, sonreía complacido y terminaba con el recurso más original e imprevisto.

Algo, sin embargo, sucedió en la mente de este hombre al terminar su primer período parlamentario. Fué poco a

poco volviendo al viejo silencio, a la evocación de los campos, de los ríos y acaso de sus íntimas y preferidas lecturas. Vió quizás que la política es un campo desnudo de sutileza, en que la profundidad cede su paso al brillo aparente. Vió que hablar como un Lord inglés en el Senado de Chile, es casi tan inusitado como arrear vacas en el Parlamento británico.

Y como a su gran elocuencia no se unía la combatividad y la audacia, este fino y delicado orador se retiró de la escena.

SE encuentra muy vulgarizada la creencia de que la elocuencia surge de una gran facilidad de expresión. Y no siempre es así.

La facilidad de expresión, en los que carecen de conceptos, deriva en charlatanería, y aún en los que los tienen, pero carecen de sensibilidad, deriva en una fatigosa y monótona verborrea.

Casi nos atreveríamos a decir que la facilidad de expresión es lo menos importante del orador, y que lo imprescindible en él es una gran abundancia de conceptos y una rica sensibilidad.

Nos explicaremos.

La abundancia de conceptos coloca al hombre en la necesidad de buscar un ropaje a su pensamiento. Si la dificultad de expresión se lo niega, buscará auxilio en las manos, en la contracción de los labios, aún en los músculos y en el cuerpo todo. Se asistirá a un proceso dramático en que el hombre se retuerce, busca en sí mismo, pone en juego sus nervios y su sensibilidad, hace un trabajo fisiológico de creación, y por la fuerza misma del concepto, por la necesidad de darse y de vivir, dirá una palabra, y otra y después otra. No serán las palabras precisas. Pero vendrá una nueva frase para rectificar lo anterior. Poco a poco se aproximarán las formas a los conceptos. Brotará una imagen en el titánico esfuerzo. Saldrá un grito, una fuerte exclamación, un gesto nuevo. Y de repente, la luz.

En la portentosa lucha y en el gran triunfo final habrá un doble motivo de emoción para el auditorio: ver el proceso de la creación verbal, asistir a ese mundo de tinieblas que, poco a poco, se transfigura, y por fin, admirar el hermoso fruto logrado, una imagen fiel del concepto, un trasunto vivo de lo interior.

Esta clase de oradores son en realidad los más altos, los que más conmueven y los que logran llevar al auditorio a un estado casi divino de emoción.

El aplauso surge, no como un pago convencional ni como una simple manifestación de regocijo. Es más que una cortesía, más que un hecho fisiológico; es un hecho físico.

Pocos oradores en Chile logran este objetivo en forma más perfecta que Eduardo Cruz Coke.

* * *

Si alguien pregunta al hombre de la calle por Eduardo Cruz Coke, nos responderá que es un médico con clientela, un gran pensador y acaso un literato.

Dirá también que, siendo Ministro, fué autor de la Ley de Medicina Preventiva.

Sin embargo, Eduardo Cruz Coke es orador, y orador sin que lo sepa él mismo; más orador que filósofo, que médico y que político. (1)

Cuando avanzaba por los pasadizos de la Cámara, se veía venir un hombre desgarbado y con extraña movilidad en todo el cuerpo. Daba saltitos hacia adelante. Miraba con fijeza. Se detenía un momento para continuar. Carecía de ritmo, de elegancia y de regularidad en el paso.

Naturalmente, todo esto lo advierte el que mira desde lejos al doctor, pero no el que le escucha. El que le escucha seguirá a su lado, perderá el paso, se detendrá con él, aun

(1) Aún no había sido parlamentario ni candidato a la Presidencia.

a veces tropezará sin quererlo. Han perdido el ritmo los dos, pero no lo notan porque al ritmo material ha sucedido un ritmo espiritual que nada tiene que ver con el camino ni con la armonía exterior; allí está imponiendo su ley sólo el impulso de las ideas en marcha.

En un momento dado, y cuando menos se piensa, veremos a Cruz Coke con el rostro descompuesto. Golpeará en el suelo y alzará los brazos en forma horizontal. No está en riña con nadie. A nadie insulta y a nadie ataca. Sin embargo, da la impresión de que va a luchar. Está luchando con su dificultad de expresión, con las ideas que pugnan por salir. Está esperando la frase que hace falta. De pronto sale la expresión y Cruz Coke camina.

• • •

Si este proceso ocurre cuando charla, en el momento en que avanza con su agilidad juvenil y trepa por las escaleras como un chiquillo, su dificultad de expresión es una fiesta, es una epopeya frente al público.

Tartamudeará por momentos. Dirá unas cuantas interjecciones que no vienen al caso. Preguntará cosas inútiles. Dará rodeos. Nada.

Sus manos tratarán de dibujar en el aire las palabras. Nada.

Una gran palidez emblanquecerá su frente. Toda la sangre se ha ido al interior, ha ido a amasarse en el concepto y a crear palabras.

Están ya los hechos planteados, el fenómeno presentado en su grave singularidad. Vacilará todavía con nuevas interjecciones. Llegará al campo general, a las concepciones elevadas y allí, en el aeródromo interior, comenzarán a despegar las palabras.

Son calientes y vivas. ¡Cuánta novedad en ellas! ¡Cuánta sutileza! No tienen nada de texto oficial ni de palabre-

ría escuchada. Son hechas ad-hoc para el concepto. Han sido fundidas allí, como en una linotipia, con molde y plomo propios. El orador las acaricia al salir y las entrega.

• • •

Una característica esencial en la elocuencia de Cruz Coke es la inmensa y variada cultura de que hace gala. Si trata de un tema político, lo relacionará con cuestiones filosóficas de alto vuelo, dará cifras, tocará matices religiosos y hasta recitará poemas, como comprobación de que todo está unido y se mueve con estrictez de reloj en el cosmos maravilloso de su inteligencia.

De pronto, en un momento en que las relaciones de ideas lo conducen a desconocidos caminos, el orador descubre algo nuevo y portentoso que le subyuga y sorprende. Lo vemos alzar su cara de águila y como mirar hacia abajo y como oler con su temblorosa nariz el insospechado clima. Vuelven las interjecciones, las preguntas inútiles y las frases entrecortadas. Da un nuevo salto hacia la expresión y consigue comunicarse con el auditorio. Se trata a veces de una idea genial o de una imagen poética.

Dijo una vez en la Cámara: "Este proyecto es el hilo de oro que conduce las ideas del Ministro...".

¿El hilo de oro en un Parlamento democrático? Sí, señor, el hilo de oro, y la gente no se sonrió sino que siguió equilibrándose en el hilo con maravillosa estabilidad.

• • •

Pues bien. El que se atreva a negar que Cruz Coke es orador; el que dude de su elocuencia y no comprenda su extraordinaria fuerza de expresión, que se ponga a hablar de "hilos de oro" en una Cámara chilena, y verá lo que le sucede...

GODOY

CUANDO Rossetti corte menos la frase y Godoy la corte más, habrá dos oradores interesantes en la lid parlamentaria. Lo segundo, sin embargo, parece más difícil que lo primero, porque lo largo de la frase de Godoy, lo kilométrico, no es una cuestión casual ni de pequeña importancia. Es una resultante psicológica de su personalidad.

Así como hay oradores en que brotan las palabras y otros en que se atropellan los conceptos, Godoy es el orador, es más bien dicho la caldera en que hierven las pasiones.

Sus pasiones son múltiples y vigorosas. Ha sido maestro primario, ha sido pobre, ha sido perseguido. Tiene, sobre todo, al maestro, metido en la médula de sus huesos. Lo siente como cosa viva en él y lo ama como cosa propia. Que se roce al maestro con la más leve expresión, que se diga de él cualquiera cosa baladí, o siquiera que se desentiendan de su función, y veremos a Godoy transfigurado, sanguíneo, en defensa y en ataque.

La lucha por el socialismo (1) ha robustecido en su pecho el odio social. Y cada vez que un tema cualquiera toca el caso, cada vez que asoma en los debates la responsabilidad de un burgués, cada vez que silban en el espacio determinados apellidos, vuelve Godoy a su actitud normal.

(1) Godoy pertenecía en esos días al Partido Socialista.

Aprieta los dientes, empuña las manos, brilla en sus ojos un fulgor diabólico, echa espuma por los labios y habla.

Cada frase suya es una ametralladora. Sale afuera todo lo que hicieron los ricos, sus vergüenzas, sus infamias, sus crímenes nefastos, esa explotación miserable, esa esclavitud dantesca, esos millones de huérfanos, de hambrientos, de desharrapados, esas viudas, esos obreros masacrados en las pampas, y los que fondearon en el mar, y los que se pudrieron en las cárceles, y las nauseabundas viviendas, y todo eso, y algo más, y las miserias morales y las prostituciones y los imperialismos, y las guerras fratricidas y los armamentistas...

¿Qué frase, qué aliento, qué adjetivos no resultan precarios para semejante arsenal?

Cosa curiosa, sin embargo. Acaso por la excesiva pasión y por lo recargado del cuadro, son muy pocos los que se emocionan y a veces pocos los que atienden. La gente ve gesticular a un hombre flaco, consumido en sus ideales, que se siente estrecho en la frase y en el sillón, que da de codazos al vecino y que golpea la mesa. Le mira con enternecimiento y después le deja, le deja hablar.

Mientras eso sucede en el auditorio, una cosa viva se retuerce en lo íntimo del orador. Hay momentos en que las manos apretadas suben más arriba de la cabeza y bajan después como un mazazo. Los labios se contraen y cuando ya no encuentran el adjetivo brutal o la imprecación mordedora, lanzan al viento una palabra esdrújula como suprema violencia en la expresión.

Y César Godoy es orador, a pesar de las malquerencias y de las venenosas críticas que su temperamento genera. En el fondo de esa caldera hirviente, allá debajo de sus dientes agudos y de sus labios en tensión, hay un orador que pugna por abrirse paso y que de vez en cuando alza su rostro en el gran caos de las palabras.

Este orador dice cosas interesantes. Enuncia una posición política y la presenta clara. Define un concepto y lo singulariza. Cuando explicó, por ejemplo, la posición del Partido Socialista frente a las oscilaciones de Latcham, lo hizo con elocuencia y con nitidez. Lo hizo también con extraña precisión.

Y aún en los momentos en que las pasiones vencen y las frases se alargan hasta perderse de vista, no se crea que abandona un solo instante la forma impecable y la unidad.

El auditorio le escucha y ya parece que la punta de una frase no tiene nada que ver con la otra punta. Parece que en los vericuetos del camino se hubiera cortado en pedazos la improvisación. Nada de eso. El discurso de Godoy es como un largo tren. Va avanzando por los desfiladeros más endiablados y tortuosos, pasa por túneles oscuros y prolongados, de repente parece que se lo hubiera tragado la tierra, y cuando todos comienzan a dudar, se presenta de nuevo el tren con la larga fila de sus carros. La frase no se ha cortado; está completa. El orador no ha perdido la dirección; está en su puesto.

Dijimos al empezar que Godoy fué maestro, fué pobre y fué perseguido. De estas tres cosas, maravillosamente combinadas, se ha hecho su elocuencia. La persecución y la pobreza le dieron el odio y la pasión. La escuela, con sus reglas y sus métodos, le disciplinó la lengua.

Helo allí. Se le llama sarcásticamente el Capitán Veneno, y hay más veneno en la envidia de sus enemigos que en su irreductible posición. A veces, después de muchos años de observarlo, hemos conversado con él y hemos visto que ese odio y esa mordacidad son más un problema de elocuencia que de carácter. Su elocuencia está fabricada así.

Eso sí que pensamos con melancolía: el día en que se cumplieran las utópicas finalidades de su partido, el día en que no haya pobres ni ricos, pequeños ni grandes, ham-

brientos ni desocupados; en una palabra, el día en que desaparezca el burgués, y no haya ningún culpable de nuestras miserias, ¿qué va a hacer Godoy con su elocuencia?

Pero no perdamos el tiempo. Desgraciadamente para nosotros, y afortunadamente para él, ese día no llegará (1).

(1) Diez años después, como era de presumirlo, aún no llega ese día. Pero sí llegó el día en que Godoy se desengañó del socialismo y emigró de él.

Hoy día se ha convertido en uno de los más poderosos oradores del Parlamento.

GONZALEZ von Marées hace un discurso como quien prepara un esqueleto. Raspa con minuciosidad todas las partes blandas, lo que es carne, lo que es nervio, lo que es palpitante y humano.

Deja la espina dorsal con delgadas vértebras, una caparazón de huesos duros y sobre todo, una simétrica y bien dibujada estructura; gran claridad, pero absoluta escasez de movimiento.

Sus palabras no llegan a la vaguedad de lo divino ni a la concreta sensibilidad de lo humano. No son ni el alma con sus intuiciones profundas ni la carne con sus ardientes debilidades. Son el hueso, el hombre sin dios y sin tierra: la cuerda humana vibrando entre dos abismos.

¿Acaso es esto la influencia de Nietzsche, el gran soberbio, el que no quiso elevarse ni caer? ¿Es la oratoria de quien se ha impregnado tan profundamente de la concepción del superhombre, que no ha podido menos que reflejarla en sus palabras?

Como quiera que sea, no es la oratoria de González von Marées (oratoria fría, abstracta, conceptuosa) lo que caracteriza a los jefes nazistas y fascistas en que se inspira.

Hemos leído trozos de Hitler y nos dan sensación de movimiento, de calor y hasta de romanticismo. Dice una vez: "En los momentos desgraciados de los pueblos, las armas

se van a las manos". ¡Qué fuerza, qué emoción y sobre todo, qué colorido!

Leemos los discursos de Mussolini, verdaderos cantos líricos a la tierra, a la historia, a la tradición y al viejo nombre de Italia. Cuando lanza sus ejércitos contra Abisinia, casi no reflexiona sobre su aventura; la canta: "Italia, Italia, Italia, proletariada y fascista, Italia de Vittorio Veneto y de la Revolución, levántate". Es todo un carro dannunziano agregado al cortejo de los pesados tanques. El ex jefe chileno es seco. Más parece que le interesara explicar que mover. Más le interesan las abstracciones que las imágenes. Y es así cómo, cuando toma altura y su pensamiento alcanza proporciones imprevistas, el auditorio se fatiga.

A veces hemos pensado que González von Marées fué más escuchado en la Cámara por la explotación del escándalo que por el interés a sus discursos. La amenidad no la daba el orador, sino sus víctimas.

Con todo, González von Marées es quizás uno de los oradores más concisos y con mayor facilidad de expresión que hemos conocido. Aborda las cuestiones con extraordinario método, las rodea de lo necesario para iluminarlas, abandona todo lo inútil y superficial, va directamente al objetivo y jamás se pierde en disquisiciones vagas. A veces consigue deleitar porque lo que dice se entiende, aunque no agrade.

Y vaya que no agrada. Su voz es atiplada y con una ligera gangosidad. Sus movimientos son mecánicos y un poco artificiales. Su rostro inmóvil se mantiene inflexible, sin emoción ni simpatía, con una agría sonrisa estereotipada en que se traduce la ironía, el desprecio y mil otras fuerzas negativas que lo consumen. Cuando el discurso va a terminar y es el momento de anatematizar contra todo, cuando comienza a decir que nada está sano y que deberán arrancarse de raíz todos los hábitos de la democracia liberal, entonces pierde la serenidad, se transfigura, su boca

se abre con desmesurada anchura y brotan gritos, alaridos y estertores de rabia. No es ya el suyo un fenómeno de elocuencia, sino de histerismo. La facilidad de expresión se liquida en un caos de impotencia desorbitada.

Pero no se crea que este espasmo, que en realidad parece un hecho de fisiología, carece de importancia para explicar la clave de su oratoria. No en la belleza de la expresión, no en el vuelo de las imágenes, no en el timbre de la voz, ni en nada de eso, de que carece en absoluto González, está la fuerza de su sugestión. Todo reside en estos períodos últimos en que el orador abandona las formas para entrar en lo catastrófico, en su propio caos, en su desesperación y en su terrible desquiciamiento espiritual.

Cada nacistas se ha sentido atraído por este hombre de sinceridad, cosa que nadie puede discutirse ni negársela. El cree firmemente que la sociedad actual está envenenada en sus cimientos. Cree que la civilización en que vivimos llegó al límite de la decadencia. Afirma que sólo una gran labor creadora podrá levantar de sus cenizas al hombre y que sólo el nazismo será capaz de esta labor creadora. Se encuentra íntimamente convencido de su vocación política y no comprende que se pueda vivir en nuestro país al margen de su voluntad. Una fe tan firme y tan exteriorizada, naturalmente conmueve y sugestiona aunque la elocuencia no sea tan perfecta como esa fe.

Don Carlos Keller, en una historia mesiánica del movimiento nacistas chileno, cuenta su primera entrevista con González von Marées. Ha ido el Jefe a comer a su casa y todos allí le reciben con anticipada devoción. Este habla y los comensales enmudecen. Don Carlos Keller, sobre todo, le mira penetrantemente a los ojos y flota allí una atmósfera cargada de patriotismo y de presentimiento. Quien habla es un mesías y quien escucha se torna, desde luego, en su más ferviente discípulo. Oigamos al discípulo:

“Cuando se refería a la postración en que se hallaba el país, humillado y anarquizado por partidos incapaces y egoístas, materializado, con masas populares cubiertas de harapos y hambrientas y dirigido en beneficio exclusivo de los intereses imperialistas, capitalistas y latifundistas, su fisonomía se contraía y revelaba el profundo dolor que acongojaba su alma.

“Pero también había momentos en que sus ojos brillaban con fervor.

“Este pueblo no puede morir, decía. Tiene una tradición demasiado grande. En el alma popular todavía hay hábitos de grandeza. Chile tiene magníficas reservas materiales, pero lo que vale son sus reservas espirituales. En ellas hemos de basar toda nuestra acción.

“Mi mujer, que había presenciado nuestra conversación, sin participar en ella y observándonos silenciosamente, me dijo después de haberse despedido Jorge González:

“—Tengo un presentimiento. Este hombre es un místico, es un fanático. Dirigirá una vez al país, y tú le vas a seguir porque te ha captado. Tú ya no eres mío solamente.

“Y así fué.

“Esa noche medité profundamente sobre nuestra conversación. No podía encontrar el sueño. Las ideas que habían surgido en la conversación cruzaron por mi mente. “Los ojos de Jorge González seguían brillando en la obscuridad”.

Imaginemos la escena, en toda su ingenuidad y truculencia. Gente buena, que anda rodando en los vértices del mundo y que se siente el eje de la humanidad. Cada cuadro, cada mesa, cada silla de aquel hogar están esperando sólo un soplo para incorporarse a la historia. Llega un hombre con fisonomía grave, con sinceridad indiscutible y facilidad de expresión. Se habla de Spengler y se enchufa lo chileno

en la sinfonía universal. Comienza a ser solemne pasar de O'Higgins a Napoleón y de Napoleón a Julio César. Solemne y prometedor. ¿Por qué no creer que el señor González von Marées es un salvador en ciernes? Lo que las proporciones normales no permiten, lo realiza la fantasía y lo que el talento no ofrece, lo da la fe.

La esposa del señor Carlos Keller dice con solemnidad:
"Dirigirá una vez al país y tú le vas a seguir...".

He aquí la atmósfera en que se gesta la extraordinaria sugestión.

Pero esto nada tiene ya que ver con la elocuencia.

Es un mundo aparte y sus leyes escapan a nuestro papel.

GUMUCIO

AL través de este libro, hemos procurado seguir un método saludable que nos aparte de las discusiones políticas y que nos concrete en lo posible a la sola elocuencia del orador. Hemos tratado también de desentendernos de los hábitos, de los defectos o de las virtudes personales, porque lo que aquí se persigue no es perfeccionar a los hombres, sino exclusivamente y con modesto concurso, levantar un poco el nivel de la oratoria.

Sin embargo, hay casos excepcionales, en que las condiciones de un hombre son tan altas, tan elevadas y admirables, que hablar de su oratoria sin mencionarlas, sería como visitar el Egipto, desentendiéndose de las pirámides.

Sus enemigos han llamado a Gumucio "la primera figura moral de la República". Quien piensa hablar de su elocuencia y presentarle como orador singular, ¿puede despreciar tan potente luz para destacarlo en la escena?

Al referirnos, pues, a su palabra, queremos aprovechar esa luz en sus más brillantes reflejos.

* * *

En 1931, al caer la Dictadura, era Gumucio la figura central de nuestra política, uno de los pocos valores republicanos que permanecían en pie, con la huella del dolor y sin la limitación del despecho.

Había sido, quizás, el más hiriente y mordaz de los periodistas reaccionarios. Después de la prueba de la dictadura, se convirtió en el más comprensivo y abierto de los políticos. Su casa fué el centro y como el eje de nuestra accidentada reconstitución civil.

Antes de la dictadura, las corrientes avanzadas de nuestro país habrían considerado posible entenderse con todos los conservadores, menos con Gumucio. Después de la dictadura, fué Gumucio el más fuerte lazo de unión entre las más encontradas tendencias, y gracias a eso, que durante algunos días simbolizó su nombre, pudo juntarse en un solo haz toda la ciudadanía civil contra la soldadesca indisciplinada.

• • •

En 1932, cuando por segunda vez los militares se adueñaron del Poder y cayeron al peso de sus propios desaciertos, Gumucio volvió a tomar un relieve superior, pero dentro de su partido aparecía como el representante más genuino del obscurantismo reaccionario.

Un día, asfixiado por las discusiones vagas y las majaderías superficiales, Gumucio cortó una discusión sobre las enseñanzas papales en materia social, con la siguiente imprecación:

—Pues bien. A mí, me cargan las encíclicas.

En el fondo, lo que le molestaba eran las ambiciones socializantes y no las encíclicas.

Pero sea como fuere y a pesar de su rabioso individualismo, la verdad es que, paradójicamente y sin que aún muchos viejos socializantes lo comprendan, la juventud avanzada del partido lo ha tomado a él como a su guía, y en la Falange su nombre es el más noble y venerado de los ejemplos.



¿Cómo se ha producido todo esto? ¿Es que Gumucio ha cambiado y se ha hecho radical y descreído? ¿Es que Gumucio se ha puesto sindicalista o socializante? Ni lo uno ni lo otro. Salvo ligeras variaciones, sigue siendo tal como fué, y por eso mismo, habiendo sido el único que entre los políticos resistió el temporal militarista y la decadencia cívica, es el único también que ha conservado después del 32, su prestigio, su influencia y su dignidad.

Las corrientes avanzadas y la juventud buscan en él, no una doctrina común, sino el nexo vivo y humano que nos amarra a una vieja tradición de legalismo y de libertad.

No sé si alguien ha hecho una observación interesantísima y sugestiva. Todos los viejos valores de la política chilena llegaron exclusivamente hasta el año 27, en que se entronizó la dictadura. Desde entonces vinieron otros hombres, otros juristas, otros oradores, otros políticos; obreros anónimos en los partidos de izquierda; provincianos en el Partido Radical; valores nuevos y juventud en el Partido Conservador. Lo viejo, lo predictatorial, lo que figuró en los periódicos hasta 1927, ha dejado de influir y esos nombres ya no suenan sino como cosas pretéritas y desvanecidas.

Entre tanto escombros de la vieja política, sólo prevalece después del 27 una figura tradicional: es la de Gumucio. Y su figura no influye por presencia como reliquia, sino que se mezcla en la candente lucha. Y no sólo se mezcla, sino que logra despertar con su ejemplo toda una renovación juvenil.

Mientras sus contemporáneos se abrigan los pies y juegan poker o viven a la zaga de condecoraciones papales, este hombre logra, al bordear los sesenta años, que incluso a algunos les interese aplastarlo y le llamen loco.

Pues bien. Gumucio no sólo tiene el arma de su pureza y de su vitalidad. Tiene también una extraña, una sólida, una abrumadora elocuencia.

Muy pocas veces improvisa, porque su elocuencia no persigue conmover, sino exclusivamente destruir errores y enmendar caminos. Persigue, además de destruir errores, destruir a los adversarios.

Nada de términos medios ni de sutilezas recónditas para este hombre claro como el agua. Cuando da lectura a sus maravillosos discursos, tendrá desde luego una preocupación esencial, y es dejar disuelto al adversario en el ácido terrible de su ironía. Algunos dicen que con crueldad; otros afirman que con crudeza; nosotros decimos que con arte maravilloso va quebrando, rompiendo y pulverizando la fama de su víctima.

Una vez despejado el camino, va al error y lo desmenuza. Le veremos analizar cada problema con estricta precisión. Le veremos iluminar y de vez en cuando recrear al auditorio con su portentoso ingenio.

Hay poca mímica y casi ningún movimiento al hablar. Únicamente veremos que palidece su frente y que, al atravesar un período de fuerza, la voz va adquiriendo una densa y dramática solemnidad.

Si hay un orador sin ficción, sin afectación y sin cursilería, es incuestionablemente Gumucio; y sin embargo, pocos oradores como él han sabido ser teatrales en momentos impresionantes y decisivos.

Veamos tres casos típicos:

En la primera presidencia de Alessandri, alguien un día lo obligó a que nombrara la persona a quien Gumucio había tachado de loco. Entonces el orador se incorporó, miró fi-

jamente a su interlocutor y con un gesto de suprema responsabilidad, estalló el nombre.

Cuando, pasada la dictadura, se presentó Gumucio al Directorio General del Partido Conservador y vió frente a él a muchos personajes que claudicaron de su fe republicana, pronunció, como un juez ante los acusados, el más impresionante y patético de los discursos que se hayan podido escuchar.

Y por fin, en una de las sesiones de clausura de la Primera Concentración falangista, en que enloquecedores aplausos recibían cada una de sus palabras, Gumucio, saturado de emoción y de cansancio, debió terminar antes de tiempo. Iba ya a tomar asiento, cuando de pronto, enardecido por el entusiasmo juvenil y aún exponiéndose a un ataque cardíaco, volvió sobre sus pasos, arrancó de su pecho los últimos acentos que le quedaban y dijo: "Qué importa que este viejo corazón deje de latir, cuando hay miles de corazones jóvenes que continúan adelante...".

Una gran ovación, un delirio de lágrimas y de aplausos estalló ante él. Se le quiso sacar en hombros. Los muchachos no lo hicieron para no impresionarlo más. Pero todo el mundo quedó en silencio, tragándose la emoción y no sabiendo si aquel arranque era la frase de un gran orador o el gesto normal de un noble, de un viejo, de un gigantesco caudillo.

* * *

Cosa curiosa en la elocuencia de Gumucio. Dijimos que generalmente lee. Pues bien; cuando lo hace, resulta interesante, claro, incisivo, pero no conmovedor. Hay en el fondo de su temperamento analítico una frialdad invencible.

Pero basta que alguien le discuta, basta que se presente la ocasión de una controversia, para que el polemista que

hay adentro de él saque su garra, su agilidad y su fuerza. Entonces improvisa con maravillosa dicción, con perfección académica y hasta con elegancia. A cada instante giros nuevos y pintorescos; a cada momento, un brochazo de color,

Puede decirse que Gumucio es un hombre en el discurso preparado y sereno, y otro totalmente diverso en la controversia. A pesar de que es un escritor, yo le he escuchado largos y fatigosos discursos. En cambio, aunque no es orador de improvisación, cuando improvisa movido por la polémica, es conciso, claro, conmovedor y brillante.

Pero después de todas estas disquisiciones, yo pregunto: ¿Le interesa a alguien saber si Gumucio es orador o no lo es?

Con que sea Gumucio, basta y sobra.

MANUEL EDUARDO HÜBNER

EL autor de "México en Marcha" y de otras obras de parecida envergadura, es, a la vez orador, y en la oratoria pudiéramos decir que resalta por sus adjetivos.

Hay oradores cuya fuerza reside en la claridad para expresarse. Se ven con tanta claridad los hilos de la argumentación; se siente tan palpablemente la atmósfera en que se mueven; se tocan tan sensiblemente los objetos que describen, que el auditorio cierra los ojos como cuando nos hiere la iluminación.

Hay otros oradores de tipo sentimental. Tienen la técnica de dramatizar en sus palabras. Mueven las pasiones como en un tablero de ajedrez hasta dar el mate final al corazón de la muchedumbre. Nadie sabe si tienen o no razón, pero las masas reaccionan ante ellos como un campo de heridos.

Finalmente, hay los oradores de la adjetivación, los que saben encontrar "el caballo que mueve la carretela", como decía cierto inglés; saben encontrar esa palabra que singulariza, la palabra que aparta el sustantivo de la masa, la que le deja encerrado para siempre en ese esterilizado papel de celofán de su cualidad esencial.

Hübner posee esta habilidad y aún cuando a veces su perfecta fraseología camina por una suave y monótona ladera, es el abjetivo el que le salva con su inesperada brillantez.

Posee Hübner lo que llamaríamos "las recetas del adjetivo". Tiene el adjetivo de la injuria como el de la apología; tiene el adjetivo suave de la concordancia y el tajante de la contradicción; guarda en su gabán sin fondo el adjetivo maquiavélico y el intransigente; conserva los adjetivos pintorescos de la descripción, los lúgubres del discurso funerario, los bucólicos de los banquetes, los campanudos de los actos oficiales, los insinuantes de las posibles alianzas, los perentorios que niegan o los contundentes que afirman.

Así como esos hombres, que en el circo arrancan todas las notas musicales a un instrumento de botellas con el agua a escalonadas alturas, así Hübner desarrolla las más variadas interpretaciones oratorias en el cristal de sus adjetivos.

Lo anterior no significa que este brillante orador que pasó por la política fugitivamente para perderse después en el horizonte diplomático, deje de poseer una cultura de extraordinario relieve y un valor oratorio de jerarquía; esto sólo significa que la cultura, la argumentación y la fuerza que trasciende en sus discursos tiene su mecanismo central en el adjetivo, y por él se salva en parte de una irremediable monotonía. Muchas veces he meditado yo sobre la razón de esta monotonía de Hübner y la encuentro más en defectos de la voz que del estilo. La voz de Hübner es entera y robusta, pero carece de inflexiones; tiene un inevitable acento de solemnidad y una como impotencia de enchufarse en el auditorio. Así sea que le escuchen intelectuales u obreros, mujeres o estudiantes, Hübner usará el mismo tono, la misma solemnidad.

¿Influencia sajónica, quizás?

Es posible. ¿Cómo pensar que un hombre ordenado y tesonero para trabajar como éste, un hombre que ha podido llevar a cabo las obras literarias de más volumen de nuestro país, haya arrancado sus cualidades de otra parte

que de ese porcentaje de germanismo que corre por sus venas? ¿Y cómo pensar que pudiera heredar cualidades sin defectos?

He aquí que el germanismo de su carácter sería la clave de su limitación.

No puede, no sabe, y acaso por su buen gusto de sinceridad, no quiere ponerse a tono.

GANDULFO, Vicuña Fuentes, Schweitzer, Labarca, fueron nombres heroicos para la primera Federación de Estudiantes, la Federación de las Fiestas de Primavera y de lo que se llamara la "campana antipatriótica" costeada por el Perú. ¡Qué aberración y qué sordidez la de un país el haber pagado con sello de traición y con un asalto cobarde a veinte o treinta rebeldes que crearon un espíritu y que hicieron un poema de la política juvenil!

Llegamos a la Universidad cuando todavía estaba aquello en pleno hervor. "Juventud, juventud, torbellino" entoraban los muchachos que aún reían y sabían soñar. Había dejado en sus almas un rescoldo de fuego la locura, la altivez y la elocuencia de los caudillos estudiantiles.

Entre esos caudillos, Labarca fué, quizás, uno de los más singulares y destacados.

Se ha producido, sin embargo, un fenómeno extraño con Labarca. Su talento, su pureza, su subyugante voz eran presagios de una carrera brillante. Podía pensarse que al través del tiempo y después de tantas y ya lejanas vicisitudes, Labarca iba a subir desde su viejo pináculo a una mayor influencia y poder. No ha sido así. Sea porque el Partido en que milita carece de sensibilidad para valorizarle, sea porque le valoriza, pero tiene temor a los grandes destinos, el hecho es que la figura estudiantil de las amplias, de las resonantes aulas, ha ido después empeque-

ñeciéndose, achicándose, tomando la forma de los reducidos alambiques, y cayendo, desde las altas cimas del romántico prestigio, a una intermitente y burocrática figuración.

El orador Labarca sigue siendo el de la Universidad; un orador que se sobrevive a sí mismo, pero cuyo eco todavía tiene un poco de mística para los que estudian el origen, la génesis y la palpitación primera de nuestra política social.

Le vimos encaramado en las oscilantes tribunas de los patios universitarios. Era un muchacho cojo, de rostro magro y de brazos movibles; su sólo nombre levantaba la presión multitudinaria. Abajo, en la gran explanada de baldosas; más arriba, sobre las ventanas semiabiertas; en los corredores del segundo piso y aun a veces colgados de las resistentes columnas, verdaderos racimos de universitarios le escuchaban.

Su primera palabra es un clarín, y decimos clarín no en forma figurada ni para caer en la rutina del periodismo; decimos clarín porque sólo a eso se compara la voz timbrada, cristalina, abierta, clara y musical de Labarca. Esa voz tiene el raro privilegio de continuar viva, limpia, sostenida, desde la primera hasta la última expresión. Cada acento suyo se impregna en el oído con maravillosa nitidez. Las palabras salen de los labios del orador, se estremecen con agilidad y parece que se solidificaran en el espacio. Si no las captaran los oídos, uno podría cogerlas con las manos.

Orador de pura estirpe latina, su concepto es tan claro como su voz. Irá desarrollando un tema vivamente, ordenadamente, y de vez en cuando iluminará su camino una estrella imaginativa. Contrariamente a los que, como él, saben hablar con claridad, pero generalmente incurren en la sequedad y en lo didáctico, este orador es profundo y es liviano. Una simpatía humana estará siempre alerta para

subir a la superficie y refrescar. Al mismo tiempo, una pasión, un calor lírico engancharán el motor a la brillante carrocería.

No siempre ha conseguido que los públicos nuestros, aficionados a discursos de fin de mesa y a trogloditismos literarios, se den cuenta bien de lo que hay más abajo, más adentro de su voz. Pero aun aquellos públicos que, sin entrar al fondo, se quedaron sólo en la voz, le comprendieron y le ovacionaron.

Es que Santiago Labarca tiene algo más que la elocuencia para penetrar en lo interior. Tiene también la rectitud de su vida. Uno siente que cada palabra dicha por él, es una palabra vestida de realidad, es una expresión con fuerza de vida y de dolor. Cuando en la Cámara del año 24, sus compañeros de banco votaban irremediablemente hacia un lado, surgía de pronto una voz, se escapaba un grito de protesta y una actitud singular: era la de Labarca.

Cuando en la Dictadura se atropellaron los más fundamentales derechos individuales, había en el radicalismo una espada singularmente eficaz: era la de Santiago Labarca. Fué al destierro, se empobreció, sufrió, y hasta perdió amistades en su propio partido por la libertad.

Cuando en la Presidencia Alessandri consideró, como Administrador de la Caja de Seguro Obrero, que no era compatible su criterio con el del Gobierno, arrojó por la borda un grueso sueldo y se retiró de nuevo a la pobreza y al anonimato. Amigo como fué del Presidente Alessandri, pudo permanecer allí a pesar del desacuerdo. No lo hizo porque su conciencia es más estrecha que la de otros radicales que, apareciendo como enemigos hoy, conservaron ayer, en pleno régimen de derechas, sus puestos y sus granjerías.

Esto también es elocuencia y sirve para condimentar la elegancia y la solemnidad de un discurso. Es el caballo de la vida enganchado a las palabras.

SI la elocuencia es el arte de tejer palabras con el objeto de convencer, emocionar y mover a la multitud, incuestionablemente la religión es una fuente inagotable de elocuencia.

Ella toca el tema más de fondo que nos interesa resolver. ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?

Ella ofrece para este tema las respuestas más elevadas y atrayentes. Su campo es vasto y se remonta a las primeras horas de la creación, al primer latido del hombre, al primer numen y a la primera palabra.

Ella, a la vez, es un drama, el más apasionante y más excelso de todos, pues no se mueven en él sólo figuras con limitación en la carne y en el tiempo, sino vagas sombras acrecentadas por la muerte y una divinidad de donde surge todo el complejo sistema de la vida.

Por fin, la religión (nos referimos a la católica) no sólo tiene función de responder a la inquietud o de ejemplarizar; tiene también la de dirigir, o sea, la de adentrarse en el alma y ser allí el motor de la voluntad.

En una palabra, posee vigoroso pensamiento, emocionante drama y voluntariosa dirección: convencimiento, emoción, voluntad, los tres campos en que se mueve la elocuencia.

* * *

¡Qué deshabitados, sin embargo, están los púlpitos de oradores!

Parece como si la rigidez en que se encuadran los estudios eclesiásticos, la disciplina sistemática que les preside, la tradicional liturgia y todo aquello que sirve de canal a la vocación del sacerdote, hubiera dejado su sello en la palabra hasta hacerla fría, repetidora, sumisa y como inaccesible al noble campo de la renovación y de la belleza.

Llega el momento de explicar el Evangelio, y el santo sacerdote enuncia sus cuestiones con una misma y sistemática regularidad. Miles de textos cruzados de telarañas le han servido como cartabón. Nos repetirá las cosas como las ha leído, con la misma exactitud y casi con las mismas palabras con que las ha leído. ¡Virtud grande es ésta de la humildad, pero es virtud que hay que entender en su verdadero sentido!

No es necesario que el orador repita las mismas palabras, las mismas imágenes. Sería sólo necesario que llenara su espíritu cada día de un gran concepto y que hablara, como se habla en la vida cotidiana, con la fuerza del dogma, pero al mismo tiempo con la blandura de la caridad.

¡Qué sencillo es eso de la "hermana estrella", y qué elocuente!

• • •

Eduardo Lecourt es una renovación en la oratoria sagrada de nuestro país. No tiene en absoluto esa terrible hojarasca de los oradores de cada día, ese tema sin revisión que se repite y que de tanto repetirse, hace que el cielo aparezca insulso y el infierno, inofensivo. No tiene tampoco esa solemnidad fría de la teología oficial, que deshumaniza los problemas y le va dando a la religión del amor una cierta categoría algebraica. No divide en materias, no subdivide ni hace cuadros geométricos. Es un orador que vuela sobre los temas, y aun volando por encima de ellos, los humaniza.

El orador anterior a Lecourt, pero de estilo diferente, fué sin duda don Clovis Montero. Tenía como secreto, como magia, como receta infalible, la elevación del pensamiento. Se colocaba en lo alto, en una gran cima, en un picacho descubierto por él, y de allí descendía. Lo hacía con serenidad, marcando a veces excesivamente las palabras y las sílabas, andando con cuidado en tan graves alturas. Largo camino de frases, enlazadas las unas con las otras. De pronto, el auditorio miraba en su discurso todas las etapas de la altura, una altura nítida, destacada, magnífica y brillantemente iluminada.

Era el orador del pensamiento.

La fuente en que bebe Lecourt es otra: es la emoción. Cada uno de sus temas es un drama en desarrollo. Nada de explicaciones difíciles ni de pensamientos complicados. Le interesa el drama, lo vivo, lo humano.

Hay momentos en que se adivina que de ese drama no es sólo autor, sino también personaje. Su fisonomía magra y escueta, sus labios abultados y sus pequeños ojos brillantes van adquiriendo violenta transfiguración. Habla del amor, y casi no habría necesidad de que hablara. Habla y ama a la vez. Su voz va lentamente gastándose y, cosa curiosa, eso no cansa ni destruye el efecto. Por el contrario, el gastarse de la voz en él es un complemento de su elocuencia.

Llega un instante en que el orador sumido en el discurso, y el auditorio totalmente sumido en el orador, son una misma cosa. Un ritmo suave está dominando todo. Hay momentos en que llega la atmósfera del gran estilo. Milagro de elocuencia: si alguien quisiera toser o moverse o respirar, no lo hace ni lo necesita. Hay una palabra que está tosiendo, respirando y viviendo por nosotros.

Difícil es saber si la elocuencia de Lecourt es elevada en lo que al pensamiento se refiere, porque cuando habla, nadie piensa: siente.

Las mujeres le escuchan y se apretujan en las iglesias. ¿Qué dijo? Pocas lo saben. Y las que lo saben, lo callan, porque no sabrían repetirlo como él.

Los púlpitos no tienen, como las Cámaras, taquígrafos que capten, ni tienen, como las asambleas, periodistas que relatan. En ellos no se escribe, y aunque algunos lo hacen, no es Lecourt de los que caen en semejante debilidad.

¿Cómo saber, en consecuencia, si lo que allí se ha dicho es elevado o pasajero?

Lo único que por ahora sabemos es que sus palabras encantan, suenan admirablemente, salen del púlpito, chocan contra las naves del templo y las mujeres las acunan en su corazón.

RICARDO A. LATCHAM

LATCHAM, cuando habla, parece no dirigirse al auditorio sino al compañero del lado. Conversa con él en voz alta. Manotea. Lo mira con ferocidad y de improviso tiene arrebatos de elocuencia en que el pobre vecino se siente mal.

Generalmente no razona con método ni con claridad. En su frase van avanzando citas, nombres, países, libros, que reemplazan con mucho a la claridad porque le dan al discurso un pintoresco sentido de movimiento. La gente asiste a aquello como a un cinematógrafo en que los grandes personajes se mueven con admirable vitalidad. Pasan por allí León XIII, Mussolini, Lenin, Bergson, Cruz Coke, Torquemada y Danton. Pasan las cruzadas y el imperio romano.

Y bien; es tal el parecido que tiene este orador con el cinematógrafo, que con la misma impavidez de la helada sábana, parece no darse cuenta de los aplausos, pues, cuando estallan, continúa perorando y no se le escucha ya.

Por lo demás, a él lo que le importa es que solo le oiga su intranquilo, su aporreado vecino.

* * *

Con todo, Latcham constituye un caso típico de lucha interior entre dos fuerzas que al través de su vida le consumieron; la literatura y la oratoria. La primera le llamó des-

de los plácidos días de la juventud en que los libros que acompañaron a su padre formaban en su hogar una ola arrolladora. La segunda le cogió en la puerta del hogar, allí donde comenzaban las inquietudes callejeras, donde crepitaba el año 20 con sus hambres y sus anhelos de redención, donde unos hombres sin trabajo venidos del Norte agitaban sus harapos y sus tragedias.

Latcham sintió la inquietud política y peregrinó por los partidos. Pasó por el Partido Conservador y hubiera sido fundador de la Falange de seguir en él. Anduvo por los barrios del materialismo y engrosó las filas de Schnake y de Grove. Se sintió mal en la constreñida disciplina y salió de allí para aproximarse al ibañismo. En todas partes actuó como orador y como dirigente. Fué candidato a la Junta Ejecutiva del Partido Conservador, fué diputado del Partido Socialista, fué líder de la Alianza Popular Libertadora. En los grandes días del Frente Popular su palabra se escuchaba con arrobamiento y llegó a ser el más brillante de los oradores de la izquierda.

Pero cada desilusión, cada amargura, cada vuelta del destino en su carrera política le devolvía a la atmósfera de libros en que nació y allí, bajo un silencio como de crisol, se entablaba en él la vieja lucha: el orador de la madurez contra el hombre de estudio de la juventud.

A veces se ve pasar a Latcham discutiendo consigo mismo. La mirada perdida en el horizonte, el brazo arqueado encerrando gruesos volúmenes, el paso discontinuo, da la impresión de que el escritor avanza hacia su biblioteca mientras el orador está pugnando por volver a las asambleas.

Y hasta hoy, es la biblioteca la que triunfa, son los libros los que mandan y es la vocación literaria la que en Latcham aniquila, destruye y ahoga al orador.

¡Qué lástima!

CUANDO Baldwin abandonó su cargo de Primer Ministro después de servirlo con eficacia durante largos años, expresó a sus amigos: "Es posible que Inglaterra no desee volver a tener un Cromwell; en cambio todavía necesitará de muchos Baldwin".

Lo mismo podría decir Rolando Merino en sus relaciones con el Partido Socialista. No es él un fundador apocalíptico como Grove ni una máquina organizadora como Schnake, ni un literato macizo como Hübner, ni una estrella fugaz como Barrenechea. Pero es lo que el Partido necesita a cada momento; el orador de los grandes temas, el reposado jurista y a la vez el enjundioso y vibrante espadachín. Será su palabra la que se escuchará en los debates de trascendencia, y cuando él hable no sólo se deleitarán las galerías, sino también los más prestigiados valores del Parlamento.

Se levantará de pronto una voz como gastada por el uso excesivo del cigarrillo. Esa voz irá atravesando pausadamente por todos los caminos de una fácil improvisación. Tomará por momentos un sentido dramático. El orador guardará silencio, y de improviso, con una nueva y oportuna inflexión, adoptará un tono más suave, más humano, y sobre todo, más tranquilizador.

A veces extrema de tal modo su patetismo, que uno vuela con la imaginación a los cuentos de Poe, a las horribles y patológicas visiones; ve abrirse entre el humo espeso de los

cigarrillos unas grandes alas de cuervo que quisieran caer feroces, hambrientas y vindicadoras, sobre el lomo pacífico de la burguesía.

Temperamento, sin embargo, extraordinariamente cordial, y sólo obligado por las exigencias políticas a las actitudes belicosas, le veremos a cada instante despejar la atmósfera con epítetos elogiosos para sus enemigos, con declaraciones de sensatez y hasta con ciertas efímeras y blandas concepciones legalistas.

Lo que no impide que momentos después, vuelva a insistir en los terribles castigos, en las revueltas a mano armada y en todo eso que parece ser el plato fuerte y acaso indispensable de los socialistas chilenos.

Pero hagamos justicia. De la horca de Grove a las risueñas amenazas de Merino hay ya un camino andado; es el camino que va de lo utópico a lo legalista, de las cavernas a la civilización. ¿Y por qué no agregar también que es la distancia entre un simple cuáquero y un profesor de derecho?

Merino tiene, entre todos los oradores de la Cámara, la virtud de la amenidad.

Le veremos a cada momento hacer rodeos para iluminar, para humanizar y a veces hasta para darle al tema cierto saludable regocijo. Pronunciará una larga frase y en medio de ella colocará una consideración, un recuerdo, una anécdota, y cualquiera cosa así que vaya dando sólo por pequeñas dosis los problemas. Su arte es parecido al de un arquitecto, que en un desnudo frontispicio sabe colocar un leve ventanal que quiebra la monotonía.

Porque digámoslo de una vez; hablar es edificar un tema. El orador debe construir su discurso en sólido cimiento; debe en seguida traer, acarrear su material desde las más lejanas vetas del arte, del pensamiento y de la historia; debe no sólo dar solidez, realidad y conveniencia prác-

tica a sus palabras, sino vestirlas de una blanca y abundante luz; debe, por fin, combinar la reciedumbre del argumento con la bella imagen; combinar sobre todo la necesaria rigidez cemental con una línea, un alero, una ventana que flexibilice y que toque a la emoción.

Pues bien; así como hay oradores que son técnicos en la obra gruesa y se preocupan exclusivamente de la pesantez racional, así también el que aquí tratamos es el orador de las ventanas.

Todo el discurso de Merino es ventana hacia otros temas y hacia otras latitudes. Estará tratando una cuestión jurídica y de improviso le oiremos una consideración psicológica de carácter personal. Estará hablando de un punto de vista económico y en medio de los números intercalará una anécdota.

Otra característica suya es el aspecto bipersonal que da generalmente a sus discursos parlamentarios. Consigamos, por ejemplo, para patentizar este aserto, cogerlo en el momento en que habla y quitar imaginariamente en torno suyo los accidentes del sillón, de la Cámara, de los taquígrafos; dejarlo en una palabra tras un velo que nos oculte el medio en que actúa. Parecerá, no un orador, sino un conversador con otro que le contesta.

Formulará preguntas. Guardará silencio esperando la respuesta. Uno creerá que ésta ya se dió y entonces él responderá a su vez. Mirará fijamente de nuevo como para continuar su interrogatorio. Mirará unos ojos que seguramente hay delante y hasta alargará unas manos que parecen tocar la solapa del contradictor. Este parecerá responder y el orador continuará sus preguntas y sus vivos gestos.

O sea: una elocuencia hecha de voz, de espanto, de familiaridad y a veces de hermosa mímica.

DESDE hace muchos años, hubo en este país una profesión que se llamaba liberalismo.

Era más amplia que todas las demás, pues, sin ella era muy difícil surgir, y en cambio con sólo ella y sin ninguna de las otras, había para ser ministro, consejero, diplomático y hasta candidato presidencial.

Los liberales estaban en un plano de la vida en que no se producían ni grandes choques ni largas ausencias de poder. Se cuenta que en cierta ocasión don Germán Riesco decía del Palacio de Gobierno: "En esta casa tiembla, pero no terremotea". En el Partido Liberal ni terremotea ni tiembla.

Todos los Presidentes han sido liberales (1) y desde hace ya cerca de cien años, no ha jurado jamás un gabinete sin un ministro Liberal. Cuando sobrevinieron períodos críticos, los liberales tenían razones de patriotismo para colaborar, y cuando los gobiernos abusan o se desprestigian, todos se van, pero los liberales se quedan por razones patrióticas de continuidad republicana.

Ese patriotismo, a la vez que de sacrificio, ha sido siempre para ellos una fuente inagotable de buen vivir. Porque sean patriotas o no los que cooperan, siempre los ministerios dan para servir a los amigos, para pasearse en bandejas oficiales y para salir al extranjero con crecidos emolumentos.

(1) Escrito antes del Frente Popular.

Cosa curiosa, sin embargo. Los liberales tienen tal fortuna en su destino político, que lo que en otros resultaría servil, en ellos aparece respetable; lo que otros se negarían a hacer por dignidad, ellos lo hacen y no resultan indignos.

Así vemos que siempre el país espera que un gobierno dictatorial aparezca con liberales que mitiguen la dictadura o que en una revolución participen liberales que suavicen sus efectos.

El liberalismo da patente de corso a los mayores piratas y los piratas se vuelven hombres de orden con su milagroso contacto.

No puede, en consecuencia, un buen liberal, ser hombre de lucha y de violencia. Siempre ha de ser como la Corte de Casación, en que no se hace el sumario de los crímenes ni los molestos interrogatorios y en que el criminal es apenas el pretexto para resolver un caso. Receta para buen liberal es el silencio, el dominio de los nervios, y hasta un poco de sueño en los debates parlamentarios. Cuando ya todo se haya cocinado, cuando los incidentes sólo dejen el humo y la polvareda, entonces debe despertar el liberal y dar su voto, un voto cazarro y displicente que produzca confianza en los amigos, pero ninguna alarma en los enemigos.

Tan íntimamente, tan tradicionalmente liberal es esta norma, que cada uno que la abandonó fué desplazado a las tinieblas exteriores de lo independiente. Y allí la sombra de lo liberal no cobija, ni protege ni alimenta.

Quien tiene talento en el cerco liberal, ha de guardárselo y disimularlo en grado sumo. Quien posee temperamento impulsivo, ha de morderse. Quien pretende atacar, ha de sentir, en sus propias bancas parlamentarias, un murmullo que brota como venticelo polar.

Son los jesuitas quizás los que a sus hombres imponen una norma mayor de renunciamento. El jesuita debe ir absorbiéndose implacablemente en la Compañía de Jesús, y nin-

guno de sus actos, ninguna de sus virtudes, ninguno de sus talentos han de aparecer sino como el patrimonio de una rica y extensa colectividad. Es morir para la mayor gloria de Dios.

El liberalismo, como la Compañía de Jesús, impone a sus hombres el renunciamiento absoluto y nada allí puede destacarse y crecer más alto que los valores normales. Eso sí que la gloria que quita a cada cual la devuelve en puestos, en granjerías y en honorarios.

¿Qué hacen allí los hombres que, como Moore, son personalmente desinteresados y en cambio buscadores del placer elevado de la política, que es mandar, influir por las ideas y dar un rumbo determinado a su país?

Se me figura ver en estos hombres algo parecido a la tragedia del Fausto.

El Mefistófeles del liberalismo va a su lado con inexcrutable lealtad. En cada etapa le ofrece un mundo de deleites, de situaciones, de privilegios y de blanduras. Cuesta muy poco renunciar a las cosas que no se tienen, pero ¡cuánto cuesta salir de un mundo bello en que se vive! Fausto comprende que el deleite sensual le va chupando lentamente y con crueldad, la savia de la vida. Mefistófeles nada le pide, pero a cada momento le ofrece y su negocio consiste en que la víctima, por su propia debilidad interior, vaya alcanzando el abismo. Mefistófeles ríe con esa risa sardónica de los que detentan el poder sin aparentarlo, con la risa de los bien nutridos que no saben de las cosas espirituales. Y Fausto goza, bebe, ama, y al mismo tiempo languidece.

Bajo las cúpulas de la Cámara esta tragedia presenta en ciertas horas una nítida desnudez.

El liberal Moore tiene adentro vigorosos impulsos renovadores. Mira a los bancos de la Falange y comprende la noble belleza de esa rebelión; mira a los socialistas y le fascinan sus esperanzas; mira a los independientes y comprende

que las ligaduras políticas le impiden desarrollar abierta y desembozadamente su acción.

Mientras la melancolía le corroe, los buenos amigos le halagan: comida en el Club de la Unión; almuerzo en la casa de determinado personaje; reunión de notables en determinado salón. Comidas, almuerzos, halagos y Mefistófeles con su sonrisa.

Hay momentos, en que el numen de su pensamiento quisiera mostrar lo que arde en el fondo. Hay momentos en que acompañaría gustoso los gestos y las actitudes de las tendencias renovadoras. Pero el peso del liberalismo le detiene: los viejos presidentes, los repúblicos encanecidos, las estatuas y los diplomáticos... ¡Qué brillante lastre y qué pesado!

Sin embargo, la lengua intranquila no puede más. Está allí revolviéndose, dando vueltas, enlazando unas palabras a otras. Quisiera decir lo que no puede. Quisiera lanzar un epíteto brutal, una gran verdad que hiciera trizas esa gran campana de cristal del liberalismo. No se puede. Cada uno de sus compañeros es un apellido de historia. Son en carne viva lo que afuera se ha inmortalizado en bronce.

¿Qué hacer? ¿Cómo salvarse de la vigorosa tensión? ¿Cómo descargar su energía? Ser liberal y tener vida interior sofocante es una paradoja. Moore da entonces una solución ingeniosa al gran problema, y en el momento oportuno, en el día más tenso, en que la Cámara está saturada de electricidad, Moore ataca, ataca al adversario del liberalismo y lo hace con una valentía y un acento difícilmente igualados.

Lo que no pudo brillar en los debates de fondo, en que el orador ha debido esconder su personalidad; lo que no pudo destacarse en las discusiones políticas, en que el orador ha debido someterse a una norma ajena; todo su acento y toda su personalidad se desarrollan de un golpe en el ataque,

en lo único en que se le deja libre, porque atacar al izquierdista, aunque se haga con desusada violencia, es un plato fuerte, pero apetitoso, para el burgués.

Recordamos el día estelar de Eduardo Moore, aquel en que pudo decir que sus condiciones oratorias habían prácticamente aplastado al adversario.

Manuel Eduardo Hübner, con una inoportunidad sólo comparable a su talento, anunció en la Cámara su próximo viaje a México y lo hizo de tan olímpica manera que aún sus propios amigos se sintieron lastimados y confusos. La Cámara tiene una personalidad común, que en ciertos momentos se desarrolla y sobrepasa todas las fronteras políticas. Ante el cinismo violento y agresivo con que se expresó Manuel Eduardo Hübner, hubo un concierto tácito de los diputados para condenarlo.

¡Gran oportunidad para el leader liberal! Oportunidad liberalísima, porque defendía en esa hora cien años de prestigio parlamentario. Moore comenzó refiriéndose con fineza a cada uno de sus adversarios de la Izquierda. Pasó por allí Rossetti con su gran cultura; Latcham, con su vigorosa expresión; Barrenechea, con su refinado lirismo. Ninguno de esos había tenido para la Cámara una sola ofensa ni un solo gesto de irrespetuosidad. Sólo Hübner lo ha tenido. Hace de Hübner una pintura al agua fuerte. Le presenta injustamente como escritor mediocre y sin lectores, le condena como orador presuntuoso y le destruye como político. Del fondo de la improvisación calurosa, en que la sangre se agolpaba en la cara del orador, salían giros nuevos, expresiones cáusticas, juicios llenos de síntesis y de color. Pocas veces hemos escuchado una pieza más concluyente, una elocuencia más dura y eficaz.

Hübner pretendió defenderse y no pudo hacerlo ya. Le salió dialéctica blanda, desteñida, en que cada palabra daba testimonio de la impotencia. Hübner es gran orador, pero

en ese día, para ser justo, se estrelló con un liberal, que encontrando por fin la vieja llave, sacaba del baúl de las tradiciones políticas un acento de los Arteagas o de Isidoro Errázuriz.

Desde entonces, ha sido Moore una espada temible. Fuerte voz, vigor en la expresión, elegancia y novedad; todo un orador que bien podría librarse de las garras de Mefistófeles.

PINEDO

NATURALMENTE todos los que en este libro aparecen son políticos, sacerdotes, agitadores o parlamentarios que hablan, no en sentido profesional, sino porque lisa y llanamente necesitan expresarse.

Nos encontramos en Pinedo, sin embargo, con un caso distinto. Pinedo es el orador por antonomasia, el exclusivamente orador, el orador técnico, cuyas palabras fluyen en impecable torrente y cuyo conocimiento del ramo le ha llevado hasta a escribir un texto sobre oratoria.

Nada más vagabundo que este hombre nacido para hablar. Ha recorrido, en inacabable marcha, numerosos partidos e ideologías. Ha sido conservador, independiente, demócrata cristiano, miembro de la Acción Republicana, simpatizante de la Falange y por último, orador oficial de la candidatura Ross.

Hubiera llegado a la Cámara hace tiempo si por lo menos un año se hubiera mantenido en la misma posición. Pero le ocurre a él, contra su voluntad por cierto, lo que a aquel personaje que jamás se acostaba para que no lo pillara la muerte.

Al inquieto Pinedo, a pesar de su talento, no lo ha pillado todavía la celebridad.

Mientras esto ocurre, el hombre vive. Vive y habla. Su palabra suena en los banquetes conservadores, en las radios, en las pequeñas capillas. Académicamente, noblemente y con una perfección no igualada, va este orador sufriendo, sin embargo, la tragedia de la intrascendencia.

Y digamos que Pinedo tiene el gran defecto de ser un orador lleno de perfecciones: hermosísima voz, frase cadenciosa y flúida, pensamiento elevado, sentimiento y dramaticidad. Sin embargo, todo aquello está bien para surgir como un bello rumor en las reuniones íntimas y en las asambleas selectas. Está bien para deleitar la inteligencia y el oído; a veces hasta para enseñar. Pero parece que la oratoria moderna estuviera compuesta de otras cosas más duras y singulares que la gran elocuencia castelariana de nuestro técnico; parece que debería reflejar, en sus propias dubitaciones y rodeos, el profundo fenómeno de los espíritus desorientados y llegar a las conclusiones al través de todos los vericuetos de que está hecha su irremediable inquietud.

En la oratoria moderna ha de existir la evocación incruenta de nuestras miserias y de nuestras dudas y de nuestros tanteos y hasta de nuestras sutiles y todavía no precisadas esperanzas.

De ahí por qué cuando Pinedo hilvana todas las frases de su rico repertorio, y cuando hace prodigios con las imágenes y llega a los más altos y estudiados períodos, a pesar de la auténtica belleza de sus palabras, uno piensa que aquello lo escuchó otra vez y que no es eso lo que brota del fondo de la roca viva, y que la retórica vuela allí con sus grandes alas ensombrecedoras. Y se siente la misma impresión de los bellos palacios desvencijados en que se cuela el viento.



Detengámonos un momento a considerar esta cuestión. La elocuencia, como la poesía, tiene una edad en el tiempo. Puede alguien, por ejemplo, escribir versos mejores que los de Espronceda, pero si se parecen a los de Espronceda, cansan. Como los trapos de las mujeres, puede decirse que eso ya se llevó.

Y no sólo cansan los estilos viejos porque fuesen repetición y porque el espíritu desea novedades. No. Es que cada estilo lleva el sello de los hábitos, de los conocimientos y hasta de las preocupaciones políticas de un determinado tiempo. Así como Spengler ve una maravillosa relación entre la escultura griega y la matemática euclidiana, entre la arquitectura de las catedrales y la fe en el más allá, de la misma manera el observador más craso puede advertir cómo el Renacimiento, la Revolución Francesa y hasta el pensamiento rusioniano viven, hablan y se retuercen en Víctor Hugo, en Musset, en Lamartine, en Campoamor y en Chateaubriand.

Después de haber sucedido entre nosotros la interpretación materialista de Carlos Marx, la debacle del liberalismo, la filosofía de Bergson y hasta, ¿por qué no decirlo?, la poesía de Neruda o la filosofía de Einstein, ¿puede alguien entusiasmar a la multitud, aún siendo perfecto, siguiendo las recetas de los soñadores del Emilio o de los adoradores de la diosa Razón? Entre el estilo moderno y la diosa Razón, ¿no está Freud, por un lado, con sus buceos hacia lo inconsciente, y el espiritualismo cristiano, por el otro, con su mística rejuvenecida?

Cuando el alma se encuentra tan horriblemente abatida y al mismo tiempo, con tan inquebrantable vocación de luz, la perfección en lo viejo no es perfección. Perfección es lo que va a contener, en una forma futura, todo este acervo

de complejidades modernas que nos angustian. Perfección será el estilo en que cristalicen por fin todas nuestras inquietudes y esperanzas; el anhelo revolucionario, la fraternidad universal, la libertad de los espíritus y la unidad en la fe.

Perfección, en una palabra, es tropezar, buscar, abrir caminos con una despierta y generosa sensibilidad.

• • •

¿Significa esto que Pinedo, lleno de encendida retórica, es un murmullo de viejas elocuencias? Hasta cierto punto, sí. Mirada la cosa en absoluto, no.

Y digo no, porque la cultura de Pinedo le llevará algún día a los caminos modernos y dará a su frase y a su estilo esa espontaneidad y esa inquietud, que está en su espíritu, pero no en sus discursos.

Lo hemos oído ante los grandes públicos y ante los pequeños. El pequeño público se absorbe en su elocuencia, se encanta y se adormece con el embrujo de sus palabras. El gran público, en cambio, apenas logra penetrar la epidermis. Llegan momentos en que la fluidez cansa, agota, fastidia. Y sobre todo, llega un minuto en que se siente un poco en el ambiente el cadáver de Castelar.

Saquemos eso. Sí. Olvidemos esta terrible ascendencia española. Hagamos abstracción de tanta vieja huella retórica. Barrer, barrer el pasado y salvar una inmensa figura de la elocuencia, que tiene mucho de las demás y a la que sólo le falta tener un poco de sí misma; he ahí la tarea que le corresponde a Pinedo en su tarea de llegar a ser...

ROSSETTI

ALLA por los años de 1920, un profesor de Economía Política propagaba la técnica de las doctrinas avanzadas; era don Roberto Espinoza, socialista doctrinario, tan dúctil e inofensivo en la forma como punzante y severo en las ideas.

Libertario a la vez que socialista (términos que hoy difícilmente andan juntos), aceptaba en su curso toda clase de refutaciones. Prácticamente, lo que ocurría al final es que el profesor vivía discutiendo con sus alumnos y éstos más aprendían oratoria que economía política.

Entre los contradictores sistemáticos de don Roberto Espinoza se destacaba un muchachito de mala figura, vestido a la negligé, sumamente nervioso y de cultura poco común: era Rossetti.

El precursor del socialismo chileno don Roberto Espinoza no ha tenido jamás un contradictor más empecinado y entusiasta, que el futuro parlamentario radical-socialista. (1)

Nada que tuviera olor a izquierda, nada que fuese una amenaza para el clasicismo liberal, ni la más leve observación que dañara el prestigio tradicional de la burguesía, pasaba inadvertido para este muchacho nervioso, discuti-dor, legalista y ya dotado de una dialéctica vibrante y audaz.

(1) Hoy socialista de la fracción de Ibáñez.

Con los años han cambiado en Rossetti las ideas, pero no el estilo.

Y su estilo es singular.

Carece, en primer término, de todas las cualidades aparentes del orador. Se presenta a escena una figura achatada y movediza. Lleva generalmente debajo del brazo una carpeta y parece más importante la carpeta que el personaje. Cuando se sienta en su banco de parlamentario y extiende grandes legajos sobre la mesa, cualquiera cree que en aquellos legajos hay un hombre en peligro de naufragar. Alza su voz y ya no cabe duda. Es voz de auxilio. Es una voz trepidante, delgaducha, entrecortada. Parecen sus primeros períodos una carrera de obstáculos hacia el objetivo final. Rossetti no pasa de una frase a otra con calma, con andar sereno y confiado. Nada de eso. Rossetti salta de una frase a otra. Dijo la primera y saltó a la segunda. Pequeña pausa y un nuevo salto a la tercera. Otra pausa. Otro salto. Hasta el final.

Sin embargo, hay carreras de salto de gran estilo. Y las de Rossetti son así.

Sucede algo en la sala, brotan no sé qué ritmos, no sé qué flúidos intensos de las palabras, y precisamente aquellos saltos y esas extrañas trepidaciones van haciendo más interesante y conmovedor el discurso. Corren allí los conceptos, las citas, las evocaciones históricas y filosóficas, apretujadas y rutilantes. Una cultura no aprendida sólo en los libros, bebida también en la sangre y en la raza, un señorío de justicia imparcial aún en los momentos de pasión, aún en los mayores ataques, una simpatía humana, un calor de tiempo y de tradición, una espesa corriente de adjetivos difícilmente lograda, todo surge, como en borbotones, del orador.

Dijimos que no le acompañaba la figura ni la voz. No le acompaña tampoco la dicción. Para seguir con la imagen

anterior, diremos que al auditorio de Rossetti le ocurre lo mismo que al observador de una carrera. Cuando el caballo va a saltar, nadie ve ni el momento en que abandona el suelo ni el momento preciso en que vuelve a él. Lo único que se ve es un cuerpo tenso en el aire. Las primeras y las últimas sílabas de cada frase de Rossetti no se oyen. Se pierden, se diluyen y la elocuencia queda como suspendida en dos rumores.

Pero es elocuencia. Y es una elocuencia que surge, no de la emoción, porque este orador carece de emoción y cada vez que ha pretendido tocarla, se queda corto y desaliñado; surge más bien de la trascendencia de su pensamiento. Porque así se trate de una cuestión internacional como de la más insignificante partida para reparar un camino, Rossetti enhebrará la materia con algo grande, la enchufará en la vida y en la historia, le dará movimiento humano, y allí donde otro no vería sino un breve problema administrativo, Rossetti advierte un panorama profuso en que se mezcla la civilización arábiga con las guerras napoleónicas.

Y hay que tener destreza para proceder así.

No se diga que es esto un abogadil recurso de insignificante tamaño. No. Para realizarlo, hay que tener, como lo tiene Rossetti en el archivo de su memoria, todo un arsenal de cultura, un sedimento de lecturas digeridas en una provechosa y tesonera juventud.

* * *

Con todo lo anterior, con su buen gusto en la formación de la frase, con su palabra adjetivada y moderna, con una elocuencia que nadie espera y que de pronto estalla. Rossetti no es el orador consumado. Le falta voz, le falta fuerza y le falta modestia para hacerse perdonar lo que le sobra.

Generalmente sus discursos comienzan con una advertencia fatal. Va a decir lo que no se ha dicho nunca. Va a plantear un problema al través de un aspecto nuevo. Va a ventilar una cuestión como jamás lo ha hecho nadie. Va a resolver lo que otros orillaron y va a poner el dedo sobre una llaga que no se tocó por temor o por torpeza.

De improviso, cuando ha anunciado ya con multitud de trompetas el advenimiento de su idea, cuando da la impresión de que en sus labios está naciendo una criatura, cuando todos le escuchan esperando la novedad, sale con algo que todos sabían, con algo dicho por todos, dicho sin duda con menos elegancia, pero con más modestia.

O sea. Da la impresión de que su oratoria no es otra cosa que un ancho traje de luces.

Si nada hubiera anunciado, si hubiera llegado con serenidad y modestia a decir lo que quería, nadie hubiese pensado en la vulgaridad y sí celebrado la elocuencia. Pero como lo anuncia, como lo repica y lo pregona, la admiración ante lo bello cede su paso a la decepción ante lo ridículo.

En cierta ocasión, hemos tenido la paciencia de anotar, dentro de un mismo discurso, todas las ocasiones en que Rossetti, exaltando su personalidad, hablaba de sí mismo. He aquí lo que anotamos:

“Yo he sido conspirador y puedo asegurar que no son ellos los que derriban a los gobiernos”.

“Yo vivo una vida muy amplia, porque soy despachero, periodista, abogado, etc.”.

“Yo debí haber hecho ayer en esta Cámara declaraciones graves, gravísimas . . .”.

“Yo soy hijo de la Revolución, y la revolución me devoró”.

“Yo no soy hijo de mi papá”.

"El señor Ramírez no había encontrado nunca a un hombre capaz de contradecirle. Yo le contradije".

"...yo podré ser violento, carecer de talento y poseer todos los defectos del mundo; pero mi probidad está por sobre todas las cosas".

"Yo estaba entonces alejado de la política".

"Cuando murió don Roberto Espinoza, yo era ministro y le hice justicia".

"Yo me he equivocado muchas veces y no lo niego, porque no soy infalible".

"Ojalá su señoría divagara como lo hago yo".

"Estoy pronunciando este discurso para que lo oiga la América entera".

"Yo soy nervioso y dinámico".

Dolorosa limitación en la oratoria es el defecto de este hombre "nervioso y dinámico", a quien afortunadamente no ha escuchado todavía "la América entera", y cuyos discursos serían admirables si borráramos el exagerado estribillo. (1)

(1) Algún tiempo después de escrito este libro, el señor Rossetti, Ministro a la sazón de Relaciones Exteriores, me recordó este párrafo y me dijo, aludiendo a su actuación en Río de Janeiro:

—Y ahora ¿me escucha América?

VICUÑA FUENTES

UNA gran facilidad de expresión, una pasión, exaltada, una cultura poco común y un conocimiento profundo de las lenguas muertas, que es decir del origen de las lenguas, han hecho de Vicuña un orador singular, una sinfonía de elocuencia, una caída de agua que tiene, a la vez que la música, la emoción, la energía y la violencia de los torrentes.

Oírlo es enredarse en el tejido apretado de las palabras. Unas frases soldadas con otras, unos adjetivos brillantes que crecen y se multiplican, unas interjecciones hostiles y vigorosas; de improviso el susurrar de la voz en impresionante cadencia; la música densa sin tropiezos ni caídas, el movimiento ondulatorio del agua.

Para diez minutos, está bien. Pero cuando ya se prolongan los períodos y cuando el tema se alarga, sobreviene la monotonía fatigosa. Dan deseos de verlo tropezar o rectificarse. Dan deseos de que el orador intensifique su trabajo de síntesis. El auditorio quisiera coger toda esa fuerza, toda esa facilidad de expresión, y hacer con ella una forma condensada. Pero es inútil. Llega Vicuña Fuentes a la cúspide de sus mejores períodos y no los cierra en un broche definitivo. Como un químico irrespetuoso de los cuerpos nobles, los disuelve en el ácido de las palabras.

Y a veces, cuando las palabras abundan, cuando sobre-

nadan y molestan, aunque sean dichas en latín, destruyen el efecto de la verdadera elocuencia.

Este es el caso de un orador a quien le pierden su cultura y su facilidad de expresión. ¿Por qué no esperar que se corrija?

Por ejemplo. En sus años de estudiante y de agitador popular usaba una larga melena y un mostacho parecido al de los mosqueteros. Cuando llegó a la Cámara, se cortó el mostacho y la melena. Pudo también haber rasurado su elocuencia.

* * *

Hay que distinguir entre el Vicuña Fuentes de la Cámara y el de las asambleas estudiantiles. En las asambleas hay más espacio para desarrollar la elocuencia. Una gran tribuna permite moverse, accionar, andar de un lado a otro, y con todo eso, ir haciendo más flexible el resorte de la sensibilidad.

Hay oradores que no pueden llegar a la verdadera expresión o que sienten paralizada su lengua cuando no les ayudan las piernas, las manos y hasta el nervioso taconeo.

Vicuña Fuentes es uno de ellos. Le hemos observado en los días universitarios, cuando la Federación de Estudiantes levantaba polvareda en el país, cuando Labarca, Gandulfo y muchos otros iniciaban su era de romanticismo social. Vicuña Fuentes saltaba a la palestra, que era generalmente una mesa vacilante en torno a la cual bullía el estudiantado. Se proyectaba de lejos contra el muro su innarrable nariz. Había unas manos nerviosas que flotaban como grandes alas en el espacio. Había, sobre todo, en su cuerpo, una oscilación de barco. El orador balbuceaba lentamente sus primeros epítetos. Las manos se abrían como para recogerlos y lanzarlos a la distancia. La voz de trom-

peta, clara, cristalina, pero al mismo tiempo ondulante, era un trasunto de su figura al hablar. Había en ella, lo mismo que en las manos, en el cuerpo y en los pies, un ritmo monótono y armonioso.

Pero estar parado, estar moviéndose, estar presentando a cada instante las facetas viriles de su nariz, agregaba fuerza y energía a la elocuencia, esa elocuencia que después, en un sillón, llegaría a ser sólo una brillante palabrería de academia.

* * *

No es pequeño detalle este anotado de la voluminosa nariz. Dicen algunos que acaso la nariz es en el hombre su más enérgico distintivo. Tuvieron nariz con volumen los hombres fuertes y voluntariosos, los genios creadores y los encendidos profetas. La nariz de Goethe, la de Napoleón, la de César y la de Moisés van jalonando una comprobación evidente del curioso aserto. Pues bien. Esta nariz de Vicuña Fuentes es la suma de su personalidad. Allí en lo exagerado está la fuerza de su pasión; en lo quebrado la contradicción de sus ideas; en lo voluminoso, la implacable y rebelde personalidad. Esa nariz ha querido distinguirse fieramente en el rostro, como él se distingue caprichosamente en la multitud. Esa nariz se adelanta a los ojos y huele antes de ver. Es nariz de intuitivo, del que va palpando como un ciego las tristes realidades, y a veces las presiente y otras veces se equivoca. Esa nariz hace gestos increíbles cuando la fisonomía está tranquila y se tranquiliza cuando los labios se mueven. Esta nariz es el agitador con su espíritu de contradicción, con su gran afán de singularidad, que estará a la derecha cuando sus amigos bramen en la izquierda y hará política de izquierda cuando sus amigos descansen en la derecha.

La elocuencia, la pasión, la virilidad y la originalidad de Vicuña Fuentes están todas en su nariz.

* * *

Pues bien; cuando Vicuña Fuentes habla en la tribuna, y puede moverse y pasearse, además de los brazos y los pies, hay algo que ayuda a su elocuencia: es su nariz. Pero cuando habla en la Cámara y se sume burguesamente en el sillón, cuando ya no puede utilizar esos indispensables instrumentos de los pies y de las manos, cuando queda sólo entregado a las palabras, está perdido. Además de los brazos y de los pies, ha desaparecido de un golpe el gran efecto psicológico de la nariz; y es otro orador en un sillón de lo que fué en la tribuna.

En el sillón se aprecia lo desnudo, lo descarnado de su elocuencia. Se piensa en lo que dice y ya la cosa es distinta.

Como don Miguel de Unamuno, este singular personaje es muy difícil que avance sin contradecirse. Carecen sus discursos absolutamente de unidad. Carecen, sobre todo, de un pensamiento claro, definido y total. Vicuña Fuentes hablará de muchas cosas. Lo hará con su gran dicción, con su riqueza inimitable, con su facilidad armoniosa. Pero irá destruyendo paso a paso cada uno de sus conceptos.

Naturalmente, un hombre así resulta irrefutable, porque se puede discutir lo conciso y lo concordante, pero no se puede argumentar con lo movible y contradictorio. Se expone el polemista a repetir, las mismas palabras de su contradictor.

En suma, es éste un orador que tiene fuerza aparente en las palabras hermosas, en las exclamaciones viriles, en los grandes ataques injustos, pero que carece de esa fuerza interior que es la claridad de la exposición, las argumentaciones macizas y las conclusiones lógicas.

Acaso es ésta la razón de que siendo Vicuña Fuentes un gran orador en la política, jamás ha logrado triunfos que se encuentren a la altura de su elocuencia. Se le aplaude, se le escucha a veces con interés, pero durante un largo período las palabras cansan y los conceptos se deshacen.

Sólo queda de él una cosa más permanente que su elocuencia, más entera y maciza que sus palabras: la pureza, la consecuencia, la valentía de su vida.

HORACIO WALKER

EL viejo Partido Conservador tuvo, sin duda, en el siglo pasado todas las tonalidades de la oratoria; desde la ilustrada y ardorosa de don Abdón Cifuentes hasta la elegante y casi dulce de don Ventura Blanco Viel; desde la ateniense y académica de don Juan Agustín Barriga hasta la arrebatadora y tribunicia de don Carlos Walker. Hemos dicho don Carlos y acaso deberíamos agregar el nombre de su ilustre hermano don Joaquín, cuyo acento y calor no le iban en zaga a los del primero.

Los dos Walker llenaron casi la historia de las luchas religiosas del pasado siglo. En la Cámara y el Senado, en la Moneda después de la Revolución, en aquellas asambleas que terminaban con muertos y heridos como la del asesinato de Isidro Ossa, en los cementerios bajo la tempestad del laicismo, en las luchas armadas por la vigencia de la Constitución, en las calles cruzadas por el peligro y la muerte, nadie dejó de escuchar, como en una ceremonia ritual, la palabra de los Walker, la de don Joaquín para abordar temas jurídicos, la de don Carlos para acrecentar el entusiasmo y la fe.

La figura de este último se destacaba por encima de la muchedumbre con el más característico y recio perfil; su gran cabeza plantada sobre el tronco con altivez, echada hacia atrás para combinar en su mirada la visión del cielo y de los hombres, los espesos bigotes de la época de Napo-

león III, unos grandes brazos expresivos y unos dedos de los que salen palabras, las piernas firmes y sobre ellas, un ancho levitón al viento. Lo que caracteriza su elocuencia es, más que el fondo de los pensamientos, la profunda fe con que calienta sus períodos y especialmente esa bizzarria y valor que adquieren sus actitudes.

Don Carlos Walker ha sido quizás en nuestra historia el mejor caudillo político nacional. Hubo algunos que poseyeron su elocuencia, pero no su valor y su virtud; hubo otros valerosos como él, pero intrascendentes y fríos; don Carlos arrebatava con su palabra, señalaba el camino con su ejemplo, dirigía las conciencias con su saber.

En esa atmósfera creada por el hermano de su padre y aún por su padre mismo, en ese hervidero de nobles pasiones en que se desenvolvió el hogar, como la resaca brillante de una familia de caudillos y luchadores, nació Horacio Walker, seguramente con el alma ensanchada por el viejo y glorioso rumor...

Vivir la vida privada egolátrica y anónima, vivir esa vida de angustiosos cálculos y de previsiones domésticas en que se consumen las horas del hombre vulgar, ¿cómo pesará sobre el espíritu del que se acostumbra a consumirse en los problemas de todos, en las grandes cosas generales en que no se lucha por un pan limitado y material, sino por la unidad de Occidente, por la fe tradicional y por el orden cristiano?

Es eso, sin duda, lo que a Horacio Walker le ha obligado a vivir solo intermitentemente su vida privada y salir, en la primera oportunidad, a la palestra, para decir su palabra, como en un ambiente familiar, en los asuntos políticos.

Su primer obstáculo, al salir, ha sido, sin duda, traducir al presente las preocupaciones de sus mayores. Borrada la lucha religiosa, quedaba, sin embargo, una lucha tan

primordial y profunda como la primera, lucha en que también se gastaron las energías de los Walker del siglo pasado: la pelea por la libertad, la reconquista de la libertad en un siglo que parecía no acordarse que sus mayores bienes le habían venido de aquélla.

Es así cómo Horacio Walker, durante y después de la caída de Ibáñez, comenzó a crecer en la conciencia de los chilenos como un paladín de las libertadas amenazadas. Una tarde se levantó su voz en los Tribunales de Justicia para increpar a los jueces que toleraron ser invadidos por el poder dictatorial. Es verdad que aún la Dictadura se encontraba instalada en la Moneda, pero desde esa tarde se instaló en el Palacio de Justicia el viejo espíritu revolucionario de los Walker y desde entonces, para los poderes arbitrarios, comenzó a soplar el temporal.

Aquella cabeza levantada hacia arriba con el conocido gesto tradicional, aquél rostro empalidecido por la emoción y aquellas manos conductoras de energía volvían a surgir en la política, como en los días históricos de la patria. Del conjunto de viejas virtudes y de altivas bizarrías, del acento de virilidad y de fuerza de los nobles antepasados, de su huella de sangre y de dolor cristalizada en el último de una familia de caudillos, emergía, por fin, el espíritu libre de la vieja patria, el de los que supieron luchar por la libertad y cantarla hasta los bordes de la epopeya.

Desde ese día, Horacio Walker fué un tribuno más al servicio de sus ideales. Cuando en el Senado pide la palabra, ya se sabe que no hablará de caminos ni de puentes ni de cosas triviales; le parecería traicionar su destino familiar si se apartara de los macizos problemas, de las cosas generales en que se formó su niñez, de todo aquello que tiene que ver con lo ancho de la vida, con la religión, con la ley, con la libertad y con la justicia. Planteará estas cosas

y enhebrará sus meditaciones en los ejemplos del pasado; no caminará entre guijarros sino sobre cumbres.

* * *

Aún cuando estas páginas han pretendido apartarse en todo instante del importuno personalismo, no me resisto a la tentación de asociar el nombre de Horacio Walker al de otro gran paladín de la libertad y la justicia de nuestro país: don Rafael Luis Gumucio.

Y no me resisto tampoco a la tentación de evocar, aunque sea en breves palabras, las relaciones de estos dos hombres en los últimos días de don Rafael Luis, cuando Horacio Walker llegaba hasta el lecho de su amigo enfermo con la misma asiduidad y cariño de los que nunca se han visto separados por discrepancias.

El gran viejo Gumucio, cuyo espíritu vive hoy encarnado en la más viril juventud de nuestro tiempo, sentía como un alivio a sus males cuando Horacio Walker le visitaba.

Creo que fué esa amistad el gran consuelo de sus horas solitarias.

Pues bien, la base de la admiración de Gumucio por Horacio Walker, el sólido cimiento de su amistad para con él, era la certeza de que ese espíritu privilegiado defendería siempre, hasta en sus últimos reductos, hasta en sus más dolorosas consecuencias, el viejo credo tradicional.

Muchos dudaban, por las actitudes conciliatorias del caudillo. Don Rafael Luis Gumucio siempre tuvo fe.

Hoy día, como en muchas otras previsiones del grande hombre, sabemos que Gumucio tenía razón. Entre los motivos pequeños y electorales que hubieran podido mover al Walker conservador por un lado y el peso tremendo de la historia tribunicia del Walker cristiano, ha triunfado esto último.

Su misión de hablar, de convencer, de afirmar en la fuerza de la vida la fuerza de las palabras, no consiste en ganar elecciones, en conseguir carteras ministeriales o en servir gobiernos; consiste solamente en superar entre nosotros la historia de los cristianos.

CUATRO ORADORES DE LA FALANGE

TOMIC — LEIGHTON — FREI — GARRETÓN

ENTRE los movimientos políticos actuales, quizás ninguno tiene tan numerosos oradores como la Falange. Es verdad que el Partido Socialista cuenta con Barrenechea, con Merino, con Godoy. Es verdad que el Partido Comunista tiene al ático Contreras, y también es verdad que el Partido Radical tiene a Labarca. Pero todos éstos son la extracción de varias generaciones. Van de los treinta a los cincuenta años, y su campo ha sido, en consecuencia, mucho más vasto en el tiempo y en la multitud.

La Falange es retoño de una vieja colectividad. Se desprendió de allí, no por madurez, sino por diferenciación absoluta y, por lo tanto, su campo de selección para oradores, es limitado en el número y en la edad. Con todo eso, sin embargo, van surgiendo de allí verdaderos brotes de oradores, oradores en gestación que todavía larvean en lo anónimo, oradores adolescentes como Tomic y oradores maestros como Frei.

Cada uno de los cuatro que en un grupo pretendemos tratar tiene una individualidad propia y todos juntos, una característica común. Su característica consiste en que, siendo distintos en su estructura temperamental, logran por

su parte dar una sensación idéntica de sinceridad, de pasión y de urgencia por el lejano triunfo.

El que quisiera estudiar la elocuencia como problema racial, encontraría en estos cuatro tipos un material verdaderamente apreciable. Tomic, de sangre eslava, tiene algo en sus palabras de la vaguedad poética en que las razas nómades envuelven el numen de sus concepciones. Leighton, de ascendencia sajónica, aún cuando poseído de una violenta pasión, sabe detenerla y llegar siempre a conclusiones pacíficas. Frei, es la lengua itálica, poseedora de un pensamiento profundo, pero ramificado en mil caminos y guías exuberantes. Garretón, por fin, es la virtuosa pasión española, con afirmaciones contundentes y escrupulosos distinguos.

Pasaremos revista a cada uno:

Radomiro Tomic, entre todos, es el que encarna, quizás, al más auténtico orador. Cuando va a la tribuna, parece atemorizado. Cierra los ojos y da la impresión de que no quiere mirar de frente al auditorio. Da unos pasos adelante y otros atrás. Llena con agua el inevitable vaso que, por supuesto, en el fondo de la improvisación, no le va a servir para nada. De pronto estira los brazos y en una solemne invocación, echa al viento sus primeras palabras. Todavía no le abandona la timidez y parece que la garganta se hiciera estrecha para contener lo que viene. Todo va subiendo de tono y sin pensarlo, sin haber visto el proceso de la transición, uno se encuentra con que aquello que habla es una fuerza de la naturaleza; no decimos es un orador, sino una fuerza que viene de más abajo de las tablas, un flúido torrencial de sangre rica, una lluvia de palabras, enhebradas a veces mal, pero dichas con pasión; un aluvión de energía que revienta en los labios, en los brazos y en el cuerpo del orador.

No siempre se le ve discurrir en orden. Es precisamente

el desorden su mejor secreto. Cuando la fuerza que habla se va viendo debilitada por un razonamiento vulgar, hay como el frenaje en la máquina. Radomiro vuelve atrás. Deja trunco el razonamiento y todo aquello, toda esa juventud desbordante, toda esa pasión incontenible, toda esa poesía en gestación, busca un cráter más ancho que la simple idea, más abierto que el simple método, y lo vemos entrar en la solemne oración: "Patria, patria nuestra, dijo un día". Lo dijo con una voz que de un golpe hizo pensar que aquello no era la misma patria trillada y escarnecida por el mal gusto; hizo pensar, con su voz, con su gesto, que la patria de que se trataba es algo nuevo, y que eso nuevo estaba naciendo allí.

¿Diremos que a veces su fraseología es pobre y no siempre permanece a la altura de su temperamento? ¿Diremos que a veces hay pretensión didáctica en un orador que parece avergonzado de su gran fuerza lírica? Si lo decimos, no queremos insistir en ello, porque hay algo que todo lo justifica y lo aclara. El orador de que aquí se trata es un muchacho, y ya con el discurso aquel sobre la patria hizo un camino que muy pocos lo consiguieron a su edad. (1)

(1) En los días en que apareció este libro, Radomiro Tomic militaba en la juventud universitaria y su nombre aún era desconocido como político y como orador. Son éstas quizás las primeras líneas que se escribieron sobre su elocuencia.

El tiempo las ha rubricado magníficamente. Más aún: Tomic como orador, ha superado las más halagüeñas esperanzas. Un último discurso que pronunció en la Cámara sobre la ley llamada de Defensa de la Democracia es, quizás, uno de los documentos más notables del Parlamento chileno. Allí están la doctrina, la lógica, la fuerza y la belleza combinadas en tal forma, que pudiera decirse que contribuyen como un todo a vitalizar la más perfecta creación oratoria.

Las juveniles fallas del orador han desaparecido casi por completo. Al través de ese discurso, Tomic venció su vaguedad esclava; puede agregarse que en su obra presente la riqueza de lenguaje es quizás la mejor de sus características; puede concluirse, por fin, que la dificultosa hilación, el tropiezo y el riplo han sido reemplazados en este orador por una armoniosa fluidez.

Lo que viene ahora es algo menos que un muchacho. Es simplemente un niño. Su chaqueta corta de colegial es, desde luego, una primera advertencia gráfica. El hombre avanza, sin embargo, bastante resuelto a todo. Tiene empaque para presentarse en escena. Bien parado en sus piernas, coloca sencillamente las dos manos en los bolsillos del vestón, como quien, desde luego, está anunciando a la concurrencia que no trae discurso escrito.

Pero esta actitud permanente de Leighton, es también otro símbolo en él; Leighton quiere desde luego decirle al adversario que en la lucha que se va a empeñar, aunque no aparezca temible que un hombre tan chico use sus manos, en todo caso esas manos guardarán una pacífica compostura.

Dijimos que el hombre que va a hablar da la sensación de un mocoso. Pero esto dura poco. Pasan breves minutos y ya tenemos metido al auditorio en un tremendo problema general. Casi siempre su tema es el mismo, no porque el orador vaya a ser majadero, sino porque el tema es grande. Dirá luego que respeta la idea del adversario y que es ello el título con que cuenta para que se respete la suya. Como lección de cortesía, no está mal, pero es el caso que a Leighton no lo respetan porque sea democrático ni porque lleve las manos en los bolsillos. Hay otro secreto en él, y es que Leighton ha sabido inmediatamente dar una sensación humana.

Maravillosamente, como pocos en este país, Leighton posee la fuerza de los oradores que se saben comunicar con los hombres. Otros dirán frases muy bellas y encendidas. Otros tendrán borbotones de palabras y argumentos capciosos. La fraseología, la imaginación, no son su cuerda; su cuerda es la comprensión, la simpatía...

Irá discurrendo con orden, con precisión. Llegará siempre

a conclusiones convenientes para todos. Nunca alzará una voz apocalíptica ni anunciará castigos ni hará tremolar en su lengua el sucio látigo de los dialécticos. Todo se desarrollará en su discurso lealmente, sin recursos, sin sofismas, sin excesiva verborrea. Para buscar un símil a su método, podríamos decir que habla como jugaría un gentleman, con las más minuciosas reglas del deporte. Si el adversario cae, si es un topo cualquiera, no se burlará de él. Procurará incluso, en evangélico esfuerzo, hallarle razón. Le conducirá de la mano; lo dejará todo en estado confortable, y si triunfa, triunfará cuando haya sonado, como en el box, hasta la última campana.

En ciertos momentos habrá un calor inusitado en sus palabras; decimos calor y no violencia. Llamando a la concordia, a la comprensión y a la justicia, sacará sus manos de los bolsillos y las alzará. Ya Leighton comprende que llegó la hora de utilizar las manos. Y los que le hemos observado sabemos que esas manos, aún en sus menores gestos, ni se agitan ni golpean. Simplemente se tienden con la palma abierta. Vuelan a veces por encima de su cabeza. Van llamando hacia arriba y como sembrando a todas partes, abiertas siempre, la semilla de la verdad. Después del gran período, las manos vuelven, mansas y pacíficas, a su retiro habitual.

• • •

Eduardo Frei es un hombre, que, teniendo grandes dotes oratorias, vive, sin embargo, entre dos reinos: la cátedra y la tribuna. No lo hemos oído nunca dictar clases, pero creemos que al hacerlo, tiene ribetes de orador, así como cuando habla en orador, no pierde nunca su característica de maestro.

El orador y el maestro son dos funciones paralelas, que

marchan juntas, pero no deben tocarse. Poseen características comunes en cuanto el maestro como el orador deben dirigirse a auditorios pluripersonales. Ambos deben tener un poder de convicción igualmente fuerte; ambos han de usar de la elegancia y del arte de hablar; pero el objeto que persiguen es distinto. El maestro persigue simplemente enseñar, dar su verdad para que ésta sea conocida, examinada y criticada por el alumno. El orador pretende dar su verdad, no para que sea conocida solamente ni examinada, sino para que sea seguida inmediatamente y para transformar la verdad en una fuerza.

El método, pues, de un maestro, siempre es distinto del método del orador, porque lo que a uno le sirve le molesta al otro, o viceversa.

Al maestro le parecerá ridículo un golpe fuerte en una mesa, un gesto de violencia, una exclamación excesiva. Al orador le parecerá cansada y penosa una explicación detallada.

El que es maestro modelará todo su temperamento en torno a su objetivo: lo mismo hará el orador. Pero el que es maestro y a la vez es orador, cometerá en la tribuna errores que no vienen de su naturaleza íntima, sino de la conjunción producida por dos líneas paralelas. Es el caso de Frei.

En ciertos momentos Frei pudiera ser brillante. Hay períodos que lo arrastran y que parecen como lanzarlo de bruces contra un efecto teatral; el maestro lo detiene. Al maestro le parecería ridículo aquello mismo que el público, sin embargo, está esperando del orador.

En otras ocasiones, temeroso de caer en lo teatral, se lanza por la conferencia. Lo vemos discurrir en forma ordenada, maravillosa, llena de jugo y de contenido, pero a veces excesivamente inmóvil. No hay aplausos y la intuición del orador le dice que es preciso caldearse. ¿Cómo ha-

cerlo? ¿Cómo cobrar pasión cuando se está tratando, por ejemplo, del materialismo histórico? Eduardo Frei se apasiona y ya no es tiempo. Se acabó la veta. Se fué el verbo. Es el caso preciso, diabólico, e impresionante de la conjunción.

Hay momentos, sin embargo, en que consigue poderosos efectos. Logra la gente entender sus grandes frases, empapadas siempre de auténtica cultura. Logra impresionarse ante una bella edificación cerebral. Y aplaude.

Hemos dicho cerebral y hacemos justicia a uno de los oradores falangistas más firmemente talentosos. Su talento es brillante, lleno de frondosidades. Cada cosa tiene miradores en él hacia infinitos e inesperados horizontes. Paréntesis, frases intercaladas, palabras de interrogación, repuntes intuitivos, la conversación de Frei es una fiesta que todavía no ha logrado subir a las asambleas. (1)

Pero que ya subirá.

* * *

La oratoria de Garretón está compuesta de tres factores: brazos, afirmaciones y frases intercaladas.

Cuando habla Garretón hay un brazo que se mueve con asiduidad impenitente. Sea que explique una cuestión jurídica, o que desarrolle un vasto tema concepcional, o que simplemente pretenda convencer sobre reducidos tópicos, ese brazo se moverá como un péndulo, no horizontalmente como en un reloj, sino de arriba abajo... Subir y bajar. Bajar y subir. Un péndulo al revés.

El brazo de Garretón, cuando éste habla, es algo que nada tiene que ver con el discurso, y que parece no saber nada del orador. Pero ese brazo da un relieve especial a las

(1) La oratoria de Frei, que tiene ya una forma consagrada, logró su más alto tono en los días de su actuación ministerial.

palabras; es una máquina que funciona sin interrupción; es la amenaza de que aquello que se acerca y que Garretón preconiza, fuese a ser con el tiempo una cosa tan mecánica, tan segura, tan inactual como el brazo.

Pero como nada tiene que ver el brazo con las palabras, la verdad es que la doctrina que Garretón preconiza es infinitamente bella y trascendental. No se colocará este orador en un plano pequeño ni reducido. Se plantará de un salto en plataforma de historia y dará la sensación de que su gesto feroz está amasando la humanidad del porvenir. Terriblemente furioso, hará afirmaciones rotundas. Encañenará las viejas vidas con el mundo actual. Nos conectará con el pasado y de improviso veremos surgir una cosa maciza, dramática, que lo justifica todo.

¿Qué ha dicho? No siempre lo entendemos bien. Pero, ¿qué importa que nosotros no lo entendamos cuando en las galerías hay gente que brinca ante las hermosas palabras y gente que alza su brazo familiar para rubricar la idea?

La Falange sostiene un grande y claro pensamiento. El pensamiento de Garretón, que no es claro, resulta, sin embargo, la mística de la Falange. ¿Qué haría la Falange sin ese hombre que afirma contundentemente ciertas cosas bellas y complejas? ¿Qué haría sin ese hombre que se enoja al expresar su verdad? Cuando se enoja, por algo debe ser.

Y es por algo. Garretón es eminentemente feroz. Su oratoria es machete acerado. Dirá las cosas con tremenda voz. Las dirá con terrible gesto. Parecerá un Hans de Islandia, no venido de la imaginación de Víctor Hugo, sino de Ramiro de Maeztu. Las expresará con buena dicción y barnizadas de una noble cultura. Poca imaginación, poco ingenio; puro nervio interior, una cosa densa, cargada, monumental, histórica.

Garretón, sin embargo, conseguiría un efecto mayor y

una claridad más nítida en sus discursos si la gran honradez de su temperamento no le exigiera a cada instante colocar la frase intercalada. Para que no se crea que cuando habla, por ejemplo, de libertad, se trata de una libertad absoluta, dará un rodeo y explicará su concepto de la libertad. Para que no se crea que cuando habla de hispanoamericanismo está tratando otra cosa que no sea el pensamiento de Maeztu, dará un rodeo y explicará en qué forma y en qué medida no lo es. Para que no se crea que se trata de la hermana de Maeztu, dará un rodeo y explicará que se trata del hermano. Para que, por fin, no se crea, que la explicación es ofensiva para la hermana de Maeztu, dará un rodeo y dirá que la tal hermana tiene apreciables merecimientos.

Si ese brazo funcionara con menos regularidad; si sus afirmaciones fueran un poquito menos recargadas; y si, por fin, su honradez le permitiera menos intercalaciones de frases, Garretón sería, como a veces ha logrado serlo en la Cámara, un verdadero orador.

La Cámara generalmente corrige y el gran corrector es el reloj. Cuando Garretón ha tenido que hablar dos minutos y en dos minutos desarrollar su pensamiento, ¡qué bien y con qué sobria firmeza lo ha hecho!

De ser vago como a veces resulta en las largas peroraciones, se torna en preciso y en dotado de una lógica maravillosa. De ser intercalador como ya se ha dicho, se torna en directo y en temible.

Sucede con Garretón que sabe boxear, pero no con guantes de box, sino a puño limpio.

DOS AGITADORES

MARCOS CHAMUDES — JOSE VEGA

ENTRE los agitadores populares, como entre los canutos, es muy difícil hallar oradores de verdad. Y es que la función a que se dedican es de un tipo esencialmente contrario al buen gusto y a la renovación. El canuto que cita salmos y el agitador que ofrece la cabeza del burgués, por este solo hecho obtienen ya todo el éxito de su carrera.

De ahí que lograr interesar, conmover y producir sensación para estos hombres en un público diferente a las grandes masas, es no sólo un fenómeno portentoso, sino un síntoma claro de que después de la gran prueba ha logrado sobrevivir en ellos el orador.

Chamudes y Vega son dos ejemplares magníficos de lo señalado.

Chamudes es el agitador elegante; Vega, el analfabeto genial.

Ambos vienen de dos polos opuestos y divergentes. Ambos llegaron a la misma conclusión. Salió el uno de familia judía, honesta y acomodada. Gustaba del placer y de la buena vida. Gustaba también del estudio y de la protesta rebelde. Bajó de su situación y luchó con fiereza. Hizo panfletos y entabló disputas incendiarias. Tomó a Carlos Marx de pre-

texto y fué a dar con él a la Sección de Investigaciones bajo Ibáñez, y a la Isla de San Lorenzo, bajo Leguía.

Salió el otro de la seca pampa, de la mina y del revoltoso enganche. Levantó su cabeza por encima de la costra dura y le pareció distinguir un mundo tan inhospitalario y tan duro como esa costra. Su voz entrecortada, tartamudezca, consiguió carcelazos y destierros para cumplir a la letra todo entero el manual del buen comunista. Subió a la Cámara y le fué dado hacer, en la primera sesión a que asistió como diputado, una pregunta ingenua que provocó hilaridad.

Venían, uno de abajo y el otro de arriba. Chamudes y Vega se juntaron en la Revolución Social.

* * *

Cuando Chamudes habla, una gran fuerza trasciende de su voz. Eso parece un principio de boxeo, más que un discurso parlamentario. Mira fijamente a la derecha, la mira con un odio verdaderamente feroz, odio de expresión más que de sentimiento. No pierde mucho tiempo en las grandes cuestiones ni se detiene a considerar los elementos jurídicos de un tema. Verdadero agitador, le interesa desde luego el ataque, el injusto, el venenoso, el personal.

Cuando va a nombrar a su víctima, sonríe. La acaricia antes de sacrificarla. Mira sobre todo hacia arriba, la muestra a las galerías y con sus garras arqueadas, la clava. Ya, ya comenzó la función. El Chamudes de las lides universitarias, el subversivo tenebroso, el orador de mítines y de huelgas, va surgiendo, como por encanto, en él. ¡Qué gesto el suyo para señalar al burgués! ¡Qué repugnancia para presentar su actuación! ¡Qué manera tremenda de hacer crujir, de quebrar y de despellejar a la víctima!

Chileno en su gesto, en su ardor y hasta en sus palabras,

no puede, sin embargo, ocultar, allá en el fondo, su característica racial. En medio de monumentales períodos, en que el agitador muestra las lacras y las vergüenzas del capitalismo, aparece un profeta descarnado y amenazante que deja caer sobre la Cámara los siete castigos de las siete plagas.

Tan fuerte es la sangre en él, tan exigente y definitiva, que muchas veces, aún adherido como está al Frente Popular, especie de vaselina revolucionaria, que no puede, que no quiere despertar al burgués porque le teme en sus reacciones fascistas, Chamudes no se aguanta más y le despierta.

Deja de hablar sentado, como es costumbre en la Cámara chilena. Se incorpora, da dos trancos adelante y desde el pasillo amenaza. Sus manos se cierran como para golpear, y el judío, el agitador, el profeta, destruye de un golpe el gran efecto que, desde lejos, con occidentalizada prudencia, aconsejara sincera o teatralmente Thorez.

Y es así como se produce un hecho singular: mientras Contreras Labarca, sereno y resignado, tiende la mano, el agitador Chamudes muestra el puño.

* * *

Vega, entretanto, con su aspecto de aimará, es un verdadero y auténtico chileno. Poseído de un fino instinto, ha sabido reflejar singularmente la política comunista.

Cuando llegó a la Cámara, más ladraba que pronunciaba discursos; era un perro para hablar y para morder. Decía las cosas con tal énfasis y con tan enfurecida rabia que un buen día le salió al camino ese zorro que en la Cámara fué durante cuatro años Juan Antonio Ríos.

Aquello de Ríos para Vega fué un coscacho parlamentario. El hombre quedó atónito y desconcertado. Miró hacia

atrás y le pareció excesivo que una sola palabra le hubiera bastado a un hombre para obligarlo a callar. Le pareció también interesante y revelador.

Las palabras, ha de haberse dicho para sí, son también una fuerza. Y usando de esa fuerza, se puede detener a otro sin amenazarle ni salirle al paso. Se puede, además de ladrar, pronunciar discursos interesantes.

Le veíamos en su asiento con las grandes orejas abiertas y vigilantes. Oía, reflexionaba, se alimentaba con rapidez.

Un día pidió la palabra y le cupo hablar sobre Rusia. Los diputados de izquierda abandonaban la sala y los de derecha sonreían. Vega decía cosas obscuras y desarticuladas. Abría su boca, parecía morder y daba gritos intensos y guturales. De pronto, sin embargo, se le vió entrar en el tema con seguridad. Se le vió crecer y en todas partes se suspendieron las conversaciones. El hombre estaba haciendo una reseña de su visita al Soviet. Abandonaba los puertos capitalistas, con barcos rebosantes y proletariado famélico. Dejaba el brillo de las grandes ciudades y el pantano de los barrios pobres. Llegaba a Petrogrado y un mundo se presentaba a su vista: "Trabajadores, uníos", era la voz de orden allí. Los obreros pasaban con sello de igualdad, ya que no de holgura. Las caras de los hombres reflejaban altivez, ya que no alegría. Más adentro, en el fondo, en el tuétano del régimen, las inacabables esperanzas; sociedad sin clases, industrialización total, supresión de comercio, y mil cosas más que los mongoles adoran como a dioses nuevos.

Si no convencía, esa voz emocionaba. Una simpatía humana salía de allí; un soplo vivo, alucinante, trágico.

El agitador Vega, el pedazo duro de pampa y de mina que odiaba ayer, y a quien el odio dejaba triste y desorientado, se hizo orador con la sola evocación de un viaje, del mar, de las playas y de los lejanos mundos.

VOCES APAGADAS

LUIS PIZARRO ESPOZ — EMILIO TIZZONI

HACE quince años, mientras entre los radicales brillaban Labarca, Schweitzer y Vicuña Fuentes, entre los conservadores resonaban dos voces de precoz y maravillosa elocuencia: la de Luis Pizarro y la de Emilio Tizzoni.

Ambos tuvieron una carrera fugaz, una parecida misión y un apagarse repentino y simultáneo. ¿Qué sucedió con sus vidas paralelas y con su palabra encendida y con ese acento de lucha y de pasión que supieron infiltrar en la juventud católica que les escuchaba? Sólo Dios sabe y no es el juicio nuestro el que hace falta en tan corto y prometededor destino. Pero cualesquiera que sean las razones que les han silenciado y aún más, cualesquiera que sean las sorpresas que pueda traernos el porvenir, la verdad es que en el fondo de cada espíritu batallador y rebelde, en cada franco tirador de la noble causa, existe un poco de la poesía, del calor y de la emoción de esas dos voces. (1).

Luis Pizarro era el protoipo de un norte semi tropical. Moreno, grueso, un poco chato, se movía, sin embargo, con agilidad y daba siempre la impresión de un hombre que camina hacia el objetivo preciso. En los pequeños ojos bri-

(1) Luis Pizarro y Emilio Tizzoni han muerto ya; y para mantener el paralelo, con solo dos años de diferencia.

llantes como negras uvas, se advertía siempre la fuerza de una voluntad juvenil.

Era muy difícil que pasara inadvertido. Cuando se le veía aparecer, una tempestad de gritos estallaba. La muchedumbre, ansiosa de escuchar, levantaba los brazos y abría los labios como para beber ese torrente de su emborrachadora palabra.

Hemos puesto quizás a su palabra un adjetivo vulgar, y la verdad es que pocos hay más apropiados. Lo que se esperaba de Pizarro no era la claridad ni la orientación ni cosa alguna cerebral; era la sola emoción, el humo denso, y casi, casi la borrachera del espíritu en un ardiente y avasallador optimismo.

El orador tenía al empezar un gesto teatral y doloroso. Daba la sensación de un triste Hamlet. Sus primeras palabras eran leves murmullos. El silencio, el gran silencio que le rodeaba al hablar, las hacía, sin embargo, perceptibles, y a medida que la frase avanzaba y que el concepto cobraba vigor, una voz más fuerte iba saliendo de su quebrantada garganta.

¿Cómo buscar un símil a ese torrente, a ese aluvión, a esa tempestad de palabras hilvanadas y calentadas en el horno vivo de la pasión religiosa? ¿Cómo reflejar en el papel esa cosa que a la vez era un despertar y un incendio? Para hacerlo, para comunicar la impresión que dejaba en el alma la gran elocuencia de Pizarro, no bastaría citar los párrafos muertos de sus ya desvanecidos discursos, ni bastaría traer las publicaciones de diarios, hechas todas en un conocido clisé; ni aún bastaría decir de qué manera se movían sus brazos con energía segura ni de qué manera en su rostro las contracciones dramáticas hablaban de todo lo inflamable que había puesto la vida en su interior. Sus discursos, generalmente cortos y con calidad de arengas, eran todo un conjunto indivisible que creaba atmósfera compacta entre

el auditorio y el orador. Para saber cómo era eso de oír la elocuencia de Pizarro, sería necesario ir haciendo una reconstrucción como en las ruinas de Roma; traer al orador, traer la voz, traer la oportunidad, traer los auditores y todo eso hacerlo vivir en la gran racha de pasión que sopló en nuestro suelo por el año 20.

No cabe duda alguna de que este muchacho erró su vocación en la carrera política y burocrática. La materia inflamada que le consumía era para gastarse en los púlpitos o en las batallas. Decimos bien: púlpito o batalla. Sacerdote o militar. Necesitaba guerra o cruzada. No la tuvo. Vino, en su mejor edad, la dictadura, ese gran silencio, esa gran mordaza en que la voz hubo de adelgazarse y de seguir por el alambique estrecho, y de murmurar o de adular. Fué Pizarro, como también Tizzoni, de quien hablaremos en seguida, una elocuencia reventada por los acontecimientos históricos. Tener 25 años y mirar la fuerza, y ver la tiranía, y no formar parte de ella ni poder sobreponérsele y guardar adentro un conductor en potencia; todo eso basta para destruir a un hombre cualquiera, y mucho más a un artista precoz, habituado a los fáciles y bulliciosos triunfos.

• • •

El caso de Tizzoni es muy semejante al anterior, aunque su elocuencia es distinta. Mientras en Pizarro predominaba el gesto y la arenga, en Tizzoni se destacaba la voz y el razonamiento. Mientras al uno sólo se le exigía pasión, movimiento y dramaticidad, al otro se le pedía claridad en el raciocinio, belleza en la frase y música en la expresión.

Pizarro era un torbellino de palabras compactas y ardientes. Tizzoni era mosaico de frases, perfectamente diseñadas entre sí, separadas casi por la línea de un corto espacio de tiempo. Su singularidad era la vocalización. Esa boca

suya se movía como un mecanismo perfecto. Daba la sensación de que las palabras salían cortadas, limpias y claras de una maravillosa máquina de hablar.

Iba discurriendo con método, y el discurso suyo, a pesar de sucesivas volteretas en el aire, presentaba todas las características de una cosa sólida. Extraordinariamente preciso, había sol de Italia en cada una de sus imágenes. Y ese sol no servía, como en el canto dannunziano, para poner voluptuosidad, sino solamente, secamente, para iluminar.

Mientras pronunciaba diestramente cada palabra, no había un solo movimiento en el cuerpo, ni necesitaba realizar esfuerzo alguno en el rostro. En cambio, por sus dedos, como por finos alambres de cobre, iba pasando, para devolverse al espacio, toda la corriente de la emoción.

Casi nadie que escuchaba a Tizzoni lo miraba a él, sino a sus dedos. Cuando narraba cadenciosamente una anécdota, los dedos permanecían flotando. Cuando trazaba un cuadro, los dedos pintaban en el aire. Cuando se iban juntando, una por una, todas las premisas necesarias para determinada conclusión, los dedos trabajaban, como acuciosas abejas, en el período final. Y cuando la voz bajaba hasta ponerse en el diapason de lo suave, de lo tierno, los dedos cobraban una cierta flexibilidad de caricia.

El auditorio de Pizarro se entusiasmaba con las palabras del orador, y era capaz de salir a la calle como movido por impulso eléctrico. El auditorio de Tizzoni poco a poco iba cayendo en arrobado deleite y lo menos que hubiera pensado era salir.

Momentos había, sin embargo, en que molestaba un poco la excesiva prosopopeya de su pronunciación. Así se tratara de un gran tema como de una cosa vulgar, el acento de Tizzoni adoptaba una idéntica solemnidad. Era solemne para hablar, por ejemplo, de cierto pensador español cuyo nom-

bre no expresó jamás y cuya frase revestía con su propia imaginación, como para decir que ya la hora no le permitía continuar un discurso.

Era solemne . . . solemne . . . y muchas veces esa solemnidad sin descanso secaba al orador, esterilizaba el tema y dejaba caer, sin quererlo, una fresca risa en el auditorio.

HOMBRES ESCUCHADOS

CUANDO este libro estaba ya entregado, he vuelto varias veces a agregarle carillas hasta aburrir a mi editor. Me faltaba uno, y otro y otro. Por fin, he resuelto introducir casi todo lo que falta, o lo que no puede faltar, en una breve y poco comprometedora denominación de "Hombres escuchados".

Habría mucho que hablar sobre algunos de ellos, pero he creído que la brevedad es el único justificativo que tengo, para escribir sobre tan árido tema. Esto es incompleto sin duda. Pero, a trueque de terminar, he preferido ser breve a ser completo.

Hagamos, pues, a vuelo de pájaro, un pequeño recorrido sobre lo que falta:

PRIETO CONCHA

Prieto Concha es todo lo contrario de un orador, y sin embargo, en medio de tartamudeos y tropezones, hace el silencio. Tiene la rara condición de dar amenidad aún a las cosas más estériles y frías. Economista como es, donde otros sólo acumulan estadísticas y cifras, él agrega hombres. Y contrariamente a los que ponen el cálculo hasta en el amor, él pone ataque, política y hasta pasiones en sus cálculos.

ALCALDE Y VARAS

Enrique Alcalde y Fernando Varas, hombres ponderados y estudiosos a quienes se escucha con interés, tienen, sin embargo, el complejo de los predicadores. Construyen bien, pero es muy difícil exponer doctrinas económicas o hablar del Ferrocarril de Loncoche con el mismo tono con que Bossuet levantaba la pompa de sus panegíricos.

GABRIEL GONZÁLEZ Y CAÑAS FLORES

Alguien ha dicho que Thorez es el político de la mano tendida. Pues bien. Para hacer un símil contrario, podríamos decir que hubo en la Cámara dos oradores que practicaban la elocuencia del puño cerrado: Gabriel González y Enrique Cañas Flores. Nunca faltaron en sus discursos los desalmados, los facinerosos, los traidores al pueblo y a la patria, los descastados y miserables. Para hacer justicia, sin embargo, no podemos negar que la elocuencia de Cañas, extraordinariamente permeable para las masas, tuvo a veces una verdadera entonación.

RUDECINDO ORTEGA

Es un orador flúido, sentencioso, exuberante. Pero resulta que cuando habla del Reglamento de la Cámara, en lugar de llamarlo a secas Reglamento, lo llama así:

“El Estatuto que regula y fija las normas reglamentarias a que se someten las sesiones periódicas con que los representantes de la soberanía popular elaboran las leyes de la República o fiscalizan los actos del Ejecutivo, de acuerdo con disposiciones taxativas y precisas de nuestra Carta Fundamental”.

EN EL TINTERO

Ha quedado, por fin, en el tintero, por diversas razones, una galería de "hombres escuchados", que valdría la pena estudiar y cuya actuación sale un poco de la categoría de la elocuencia para entrar en el de la pura política o del estudio serio. Son ellos: Pedro Lira Urquieta y Raimundo del Río, en la Universidad; Romualdo Silva Cortés, Héctor Rodríguez de la Sotta, Fernando Alessandri, en el Senado; Raúl Morales, Oscar Gajardo, Manuel J. Irarrázaval, Natalio Berman, y Alberto Bahamondes, en la Cámara; gente que jamás se lanza al piélago de las palabras livianas; gente que dice lo que quiere decir y que contribuye a ennoblecer, a acortar y a hacer más densa la palabrería ambiente.

INDICE

A manera de desagravio	7
Alessandri	11
Ampuero	17
Barrenechea.....	22
Contreras Labarca.....	26
Tomás Cox Méndez	29
Cruz Coke.....	32
Godoy	36
González von Marées.....	40
Gumucio	45
Hübner.....	51
Santiago Labarca	54
Latcham	61
Lecourt.....	57
Rolando Merino	63
Moore.....	66
Pinedo	72
Rossetti	76
Vicuña Fuentes.....	81
Walker	86
Cuatro oradores de la Falange	91
Dos agitadores	100
Voces apagadas.....	104
Hombres escuchados.....	109
	113

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO EN SANTIAGO DE CHILE
EL DÍA 6 DE OCTUBRE DE MIL
NOVECIENTOS CUARENTA Y
OCHO, EN LOS TALLERES GRÁ-
FICOS DE IMPRENTA UNIVERSI-
TARIA, CALLE ESTADO N.º 63,
SANTIAGO DE CHILE.